

AUTOR MÁS VENDIDO DEL USA TODAY
AMANDA MARIEL

Cautiva

del



Capitán

Cautiva Del Capitán

Amanda Mariel

Traducido por Patricia M Begona

“Cautiva Del Capitán”

Escrito por Amanda Mariel

Copyright © 2017 Amanda Mariel

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Patricia M Begona

Diseño de portada © 2017 Melody Barber

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenidos

[Página de Titulo](#)

[Página de Copyright](#)

[Cautiva Del Capitán | Fábula romántica – libro dos | por | Amanda Mariel](#)

[DEDICATORIA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)

[Seducidos por Lady Elianna](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo uno](#)

[Títulos de AMANDA MARIEL](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

Cautiva Del Capitán
Fábula romántica – libro dos
por
Amanda Mariel

Esta es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, las organizaciones, los lugares, los acontecimientos e incidentes son obra de la imaginación del autor o se utilizan en forma ficticia.

Copyright © 2016 Amanda Mariel

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.

Publicado por Brook Ridge Press

DEDICATORIA

Aaron, ¡este es para ti! No te preocupes: todavía lo medieval está presente. Por lo pronto, tienes un pirata.
¿No te encantan las hermanas menores? ¡Qué risa!

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi editor y a mis lectores beta por ayudarme a dar forma y pulir la historia de Natalie. Mi familia merece también un enorme agradecimiento. El apoyo y el entusiasmo que me dan, significan todo para mí. Mami, eres la que siempre lee primero mis manuscritos y tus acotaciones y sugerencias son invaluable. Gracias mil a mis lectores porque siguen alentándome y leyendo mis libros. ¡Los adoro!

Prólogo

Boston, Massachusetts, 1818

Prudence Drake inclinó la cabeza, mirando fijamente a su padre por sobre la taza de té.

—No puedes irte tan pronto. Sólo han pasado quince días desde que llegaste de tu último viaje.

Detestaba quedarse sola mientras su padre se hacía a la mar. No había nuevas aventuras en Boston y, aunque le gustaba su casa, no tenía cabeza para dirigirla. Simplemente tenía que convencerlo de que la llevara con él.

Él se acomodó en la silla de brocado y cruzó las piernas, taza de té en mano.

—Es por negocios, Poppet. Volveré enseguida. Apenas notarás mi ausencia.

Con veintiún años, ya había pasado largamente la edad de los apodos, sin embargo, todavía le gustaba cuando la llamaba así. Una pequeña sonrisa le asomó a los labios.

—Llévame contigo.

—Voy a Londres. El cruce puede ser peligroso. No es nada parecido a navegar por la costa de norte a sur como estás acostumbrada.

—Por favor... —suplicó ella, utilizando su mejor versión de ojos de carnero degollado para convencerlo. No voy a dar problemas. Te lo prometo.

Durante estos veintiún años, habían sido solo ella y papá. Su madre había muerto al dar a luz, y aunque, a veces, había deseado tener una, siempre anhelaba estar con su papá. Algunos de sus mejores recuerdos eran de navegar con él. Tal vez su vínculo fuera más fuerte debido al el tiempo que pasaban juntos, solo ellos dos.

El hombre se pasó una mano por la barbilla.

—Nunca causas problemas, Poppet. Sin embargo, tu lugar está aquí. ¿Quién se ocupará de las cosas en mi ausencia, si vienes?

—El señor Stratford. Sabe mucho más sobre el negocio que yo —dijo y puso la taza de té sobre la mesa—. Has estado capacitándolo durante años.

—Cierto... pero me refería a la finca.

—Oh, papá, las responsabilidades domésticas no me interesan en lo más mínimo, y tú también lo sabes —echó la cabeza hacia atrás, desafiante—. Nuestros sirvientes se ocupan de todos los asuntos domésticos. Lo harán igual de bien en mi ausencia.

Papá rió entre dientes, los ojos encendidos.

—Ya temía que ese defecto te mantuviera soltera. Tenemos suerte de que el señor Stratford te haya encontrado agradable —miró la miniatura de su difunta esposa sobre el escritorio—. Tal vez debería haberme vuelto a casar. La guía de una mujer podría haberte sido de provecho.

—No mires atrás, papá. No cuando el futuro es tan brillante.

El señor Stratford era un hombre agradable y bastante guapo. Sería un buen esposo. No había chispa, ni entusiasmo entre ellos, pero el tiempo podría modificar eso. La cortejaba de forma admirable y la colmaba de atenciones, y todo el mundo asumía que pronto le propondría matrimonio. Lo más importante era que papá deseaba que se casara con él.

—Brillante, en verdad. Y una razón más para que permanezcas aquí.

Ella se mordió el labio, al tiempo que una idea estaba tomando forma en su mente. Tal vez... sí, podría funcionar.

—Papá, si me llevas contigo... eso puede darle tiempo al señor Stratford para echarme de menos. Empujarlo... a que me haga una oferta. —Se inclinó hacia él—. La distancia trae cariño al corazón, dicen.

El hombre lanzó un suspiro de exasperación.

—No tienes intención de dejar el tema.

—No hasta que digas que puedo ir. No me dejes aquí, papá. —Miró en sus viejos ojos verdes, como instando a que diera su consentimiento.

Él se inclinó hacia delante, estudiándola, las manos como en rezo, unidas por la punta de los dedos.

—Será un viaje largo, a veces duro.

—Me gusta estar a bordo de una nave. —Ella le dirigió lo que esperaba fuera una sonrisa tranquilizadora—. Y sabes muy bien que sé cómo comportarme. Incluso ayudar, si es necesario. Me has visto escalar aparejos y reparar fugas. Estoy más en casa en un barco que aquí.

La idea misma de administrar la finca hizo que quisiera salir navegando en ese instante. Nunca había sido buena para dar órdenes a los sirvientes, planificar eventos sociales, ni comprar suministros, entre otras cosas. El ama de llaves siempre hacía esas tareas. Prudence había hecho un intento real de aprender el manejo del hogar, pero nunca había sobresalido en la tarea.

—Los camarotes son pequeños. Mucho más pequeños que en los que has estado anteriormente —tomó un sorbo de té.

—No necesito mucho espacio. Yo también soy pequeña. —Trajo las piernas contra su pecho y envolvió los brazos alrededor de ellas para demostrarlo. Un camarote pequeño era preferible a quedarse atrás, y no había mentido. No necesitaba más una habitación grande, que cintas y volantes.

Su padre dejó la taza de té a un lado y la estudió.

—¿Estás dispuesta a compartir un camarote con tu doncella?

Su corazón latió con fuerza. Había ganado este round. El brillo en los ojos de papá se lo dijo.

—Louisa ha estado conmigo tanto tiempo que se ha convertido en una amiga. Será una feliz aventura.

La mirada de su padre, un tanto dura, se suavizó.

—Muy bien. Puedes acompañarme. Que Louisa haga empacar tu baúl y estén listas para abordar al amanecer.

Prudence se puso en pie, se dirigió a su lado y lo besó en la mejilla.

—Gracias. No te arrepentirás.

—Rezo por eso, Poppet —le dio unas palmaditas en la mano enguantada—. Ahora, ala, niña

—Buenas noches, papá. —Prudence caminó hacia la puerta a paso vivo.

—Dulces sueños, mi amor.

—Sólo los más dulces. —Ella le sonrió por sobre el hombro—. Y mañana... los viviremos.

Capítulo 1

Océano Atlántico, 1818

—¡Barco a la vista! —El aviso descendió desde la cofa.

Jasper Blackmore levantó el catalejo para mirar. Lo que vio, hizo que el entusiasmo le corriera por la sangre. Una balandra pirata, y a juzgar por la actividad en la cubierta, había visto batalla recientemente.

—Es la *Black Dawn*, y se la ve cargada. —Le pasó el catalejo a su condestable, Reed Hawkins—. Echa un vistazo.

Parecía que había pasado casi una vida desde que Jasper dejara la finca ducal familiar para luchar contra Napoleón. Nunca se habría imaginado en aquel entonces que se convertiría en un pirata, destinado a surcar los mares llenos de despiadados asesinos junto a su primo, Hawkins, como su mano derecha.

—Parece que encontramos un objetivo, capitán. —Hawkins bajó el catalejo y esbozó una sonrisa astuta—. Deberían de ser presa fácil. El mástil parece estar dañado. —Jasper miró de nuevo.

— Y parece que también nos están observando.

Había tenido tratos con la *Black Dawn* en el pasado. Era un grupo repugnante que no se oponía a matar a inocentes. Hoy no permitiría que escaparan. No le gustaba matar a otros hombres —ciertamente no lo hacía—, pero después de todo lo que había visto y sufrido, no permitiría que la tripulación de la *Black Dawn* presenciara otro amanecer. Su mente volvió a sus días de corsario para la corona. Los gritos de sus hombres heridos y moribundos después de que la tripulación de la *Black Dawn* los atacara. Habían estado débiles, habían sufrido daños en una escaramuza anterior y estaban escasos de pólvora para las armas. Los hombres de Jasper habían dado todo en la lucha, pero, al fin, más de la mitad de la tripulación se había ido a reunir con su creador. Hawkins asintió con la cabeza.

—Los superamos en poder de fuego y en número. Comencemos la persecución.

Jasper se volvió para dar órdenes a su tripulación.

—¡Tripulación, a sus puestos! ¡Vamos por la *Black Dawn*! ¡Cargad los cañones de estribor y poned a Styles al frente!

Styles Wither era el mejor artillero que Jasper hubiera tenido el placer de comandar jamás. Con la velocidad de su barco y su tripulación experta, todavía tenían que enfrentarse a un enemigo al que no pudieran conquistar. Hoy no sería diferente. Ganarían la batalla y se beneficiarían de ella. Cerró los dedos con

firmeza sobre la empuñadura de su alfanje, mientras la anticipación de la batalla calentaba su sangre. Esto era por lo que vivía: el mar abierto, la camaradería de sus hombres y la excitación de la batalla. El hecho de que el camino elegido irritara a su padre sólo endulzaba las cosas aún más. En cuanto al duque, Jasper dejó de existir cuando peleó con su hermano mayor después de que la mujer que estaba cortejando, la señorita Anna, lo abandonara por el primogénito heredero. El padre había ordenado a Jasper que se inclinara ante su hermano, olvidara la traición y se comportara como correspondía a un segundo hijo. Eso no sucedería. Jasper dejó su casa y nunca miró hacia atrás, aunque mantuvo correspondencia con su madre y su hermana. El duque debía de estar muy enojado con su hijo, el pirata, hecho que le convenía perfectamente a Jasper.

Jasper se acercó a la barandilla de la cubierta principal cuando la distancia entre la *Marion* y la *Black Dawn* se hizo menor. La maltrecha *Black Dawn* no tenía ninguna posibilidad de salir huyendo, por más que su tripulación no lo hubiera hecho todos esos años. Levantó el catalejo nuevamente y sonrió. Una frenesí de actividad y llamadas de batalla recorrieron las cubiertas mientras los hombres se alistaban para el combate. Los cuchillos se agitaban, se corría a los puestos de batalla, se tomaban posiciones detrás de las armas, a lo largo de los rieles y en el aparejo. Los artilleros saltaban como monos de aquí para allá en la cubierta, cebando los cañones. El aire chisporroteó con la lujuria de batalla que alimentaba las ambiciones de todos. Jasper volvió su atención a Hawkins, y le dio una palmada en el hombro.

—Hoy será un gran día. —Tendría su venganza al fin y, en el proceso, él y su tripulación se beneficiarán.

—No tengo ninguna duda, capitán. —Hawkins se volvió para dar más órdenes antes de mirar a Jasper—. Estamos casi a la par.

Un ligero escalofrío recorrió la columna vertebral de Jasper. Habían pasado años desde su último encuentro con la *Black Dawn*, ¿Qué pasaría si había sobreestimado a su tripulación, o subestimado a la del *Black Dawn*? ¿Podría ser posible que hubiera firmado la sentencia de muerte de su tripulación al iniciar este ataque? ¿Qué pasaría con el orfanato sin su continua ayuda?

Tragó saliva, apartando las dudas. Su tripulación era la mejor. El *Marion* era el barco más duro de los siete mares. Nada iría mal hoy. Verían el atardecer de este día y todo el mundo se beneficiaría de este ataque. Jasper apretó la empuñadura de su alfanje.

—Esperemos. Unos minutos más y podremos volarlos del océano.

—Le ordenaré a Styles que vuele lo que queda del mástil principal. —Hawkins empezó a moverse hacia el cañón delantero.

La sugerencia pondría un rápido fin a la batalla, pero parecía demasiado fácil. Tenía que darle a la otra nave oportunidad de defenderse. ¿Cómo se vería en el espejo la mañana siguiente si los diezmaba habiéndolos tomado con los pantalones bajos tal como habían hecho con él?

—Espera —le gritó Jasper.

Hawkins se volvió, arqueando una ceja— ¿Para qué?

Jasper sintió la irritación crecer en la base de la nuca.

—No es tu deber cuestionar mis órdenes.

—Mis disculpas, capitán. ¿Cuál es tu plan para la *Black Dawn* si no es hacer añicos su mástil?

Él sería mejor que eso. Les daría la oportunidad de defenderse.

—La nave ya está averiada. Su mástil está quebrado. Sería muy fácil deshacerse de él. Quiero un poco de acción.

Jasper tenía que mantener su reputación de ser a la vez feroz y justo. Se sabía que sólo atacaba a los piratas y que les daba respiro si correspondía. Su tripulación y el barco eran temidos y respetados en igual medida por otros capitanes. Él no dañaría su reputación al tomar el camino fácil con la *Black Dawn*. Nadie lo llamaría cobarde o lo acusaría de ser un asesino a sangre fría.

Hawkins, con un dejo de diversión en el rostro, dijo:

—Soy todo oídos.

—Dile a Styles que aún no abra fuego. En su lugar, dañaremos la cubierta y el aparejo. Muestra suficiente fuerza para conseguir que se rinda. Quiero mirar al capitán Gregor a los ojos antes de que le haga pagar sus deudas. —El hombre sabría lo que había hecho y quién lo estaba haciendo pagar.

—Muy bien —Hawkins se alejó para pasar las órdenes.

Algunos disparos bien hechos y la tripulación de Jasper estaría lista para abordar la *Black Dawn*. Sus hombres liberarían su cargamento, y luego enviarían la nave averiada al fondo del mar. Con tripulación y todo. Gregor y sus hombres nunca harían daño a otro inocente ni tomarían ventaja de alguien incapaz de defenderse.

* * * *

Prudence luchó por sentarse mientras escuchaba los cañonazos surcar los aires. ¿Sería posible que estuviera sucediendo otra vez? No. No era posible. Seguramente sería rescatada. No podían ser más piratas. Luchó para librarse de sus ataduras mientras esperaba que la nave atacante la salvara. Rogó por que fuera la armada; que fuera su salvador. Las muñecas le ardían de luchar contra

las cuerdas. Sin embargo, tenía que intentar liberarse. Tronó otra explosión el aire y se agazapó, por costumbre; el corazón palpitando mientras el barco se estremecía. ¿Y si se hundiera con ella atada a la maldita cama? Se ahogaría sin que nadie supiera lo que le había pasado. ¿Quién se haría cargo del negocio familiar? ¿Quién recordaría a papá y a Louisa? Descartó esos pensamientos. No había tiempo para tales reflexiones. Los lloraría más tarde. Se preocuparía por el futuro una vez que estuviera libre para hacer algo al respecto. Ahora tenía que concentrarse en sobrevivir. Inspiró profundamente y miró alrededor de la habitación oscura y casi vacía. “*Piensa, Pru*”. Un ruido metálico llamó su atención, hacia el tocador, donde un destello de metal captó su atención. La batalla debió de haberlo hecho caer. Estiró las piernas hacia el objeto, agradecida al bastardo que la capturó, que no le había parecido conveniente atarla sobre la cama. En su lugar, la dejó en el suelo, y la ató allí donde había caído, al lado de la cama de madera. Se estiró y trató de acercar los pies descalzos hacia el objeto, pero este permaneció fuera de su alcance. Sus muñecas gritaron de dolor mientras un ardor quemante le subía en espiral por los brazos al intentar girar sobre su cuerpo y ponerse boca abajo. Ignorando las quejas de sus doloridos músculos, siguió tratando de localizar el objeto. Al fin, sintió la superficie fría y dura y pudo asirla con los dedos de los pies. Tenía que ser un cuchillo, que, al recuperarlo, le había añadido otra herida a su cuerpo. Se mordió el labio inferior mientras trabajaba para tirar de la hoja hacia ella.

Ignorando el dolor de su herida más reciente, arqueó la espalda y tomó la hoja con las manos, antes de rodar para sentarse.

Otro cañonazo le hizo correr un frío por la espalda. Se le cayó la hoja de los dedos temblorosos, y fue a estrellarse contra las tablas de madera. Frunció los labios, movió los dedos detrás de ella, y buscó una vez más.

Con la hoja otra vez en las manos, trabajó para cortar las ataduras. Oyó el pesado ruido de botas resonar por encima de ella, acompasados con el ritmo de su corazón. Trabajaba con el cuchillo en forma frenética, movida por la desesperación. Las cuerdas cayeron y ella se puso en pie de un salto. Le ardían las muñecas, pero no tuvo tiempo de examinarlas o de atenderlas. Corrió hacia la puerta, al tiempo que sentía un dolor quemante en el pie a cada paso, y tiró del pomo de la puerta. Para su sorpresa, se abrió sin ofrecer resistencia, lo que la envió, tropezando, hacia atrás sobre el rastro de sangre que había dejado. Parecía que el arrogante bastardo no contaba con que se escapara. Recobró el equilibrio antes de salir al pasillo. Sosteniendo la blusa rasgada con una mano y el cuchillo en la otra, caminó por el estrecho pasillo. Si pudiera escabullirse a cubierta, tal vez tendría la oportunidad de sobrevivir. Sus pisadas ensangrentadas delatarían su posición, pero, con suerte, cuando los piratas siguieran el rastro, ella ya habría

sido rescatada. Tenía que tener fe, tenía que seguir intentándolo. No había tiempo para cubrir la herida. Se detuvo ante la escalera. Un hombre grande de cabello rubio oscuro y ojos azules y fríos cubría la salida, y proyectaba una larga sombra sobre ella. El sol se filtraba a su alrededor y lo hacía parecer un ángel oscuro. Estudió por un momento la cicatriz en forma de media luna que tenía en la mejilla antes de que se cruzaran las miradas. El corazón le golpeaba el pecho, mientras sostenía el cuchillo frente a ella.

—Lo mataré antes de permitir que me toque.

—No quiero hacerle daño, señorita. —Empezó a bajar la escalera hacia ella.

—Quédese donde está. —exigió ella, mientras lo amenazaba con el cuchillo. El hombre sonrió.

—Soy el capitán Blackmore de la *Marion*.

Ella se tragó el impulso de confiar en esa sonrisa amistosa. Podría estar engañándola al darle una sensación de falsa seguridad. Asió el mango del cuchillo con más fuerza y dio un paso atrás. Algo en su tono le dijo que debería preocuparse por sus dichos. Sin embargo, nada de lo que decía tenía sentido para ella. Sólo quería salir de aquel maldito barco antes de que perdiera la capacidad de respirar. Este hombre no vestía uniforme. De todos modos, se hacía llamar capitán ...

—¿Está aquí para rescatarme?

—Sí. Si así lo quiere. Él bajó otro escalón.

Ella retrocedió. —¿Entonces está con la armada? —Él rió entre dientes.

—¡Cielos, no! Soy un pirata.

Se le congeló la sangre y el pánico se apoderó de ella. Los piratas habían causado todos sus problemas. Asesinaron a la gente que amaba y tomaron su barco. En este mismo momento, ella era la cautiva de un pirata y estaba tratando de salvarse de algún destino horrible que tendría en mente para ella. No podía permitir que otro pirata se la llevara; y no lo permitiría. Ella endureció su postura, y respiró profundo.

—Entonces, puede regresar a cubierta. No iré a ningún lado con un pirata. — Se aferró con más fuerza al cuchillo. Se le erizaron los pelos de la nuca mientras observaba como él pasaba la mirada lentamente por los sangrientos pies antes de subir a encontrarse con la suya. Saltó de la escalera y la tomó de la muñeca antes de que ella pudiera moverse.

—Hoy, por lo menos, no vas a destriparme. En cuanto a los piratas... parece que ya estás con uno.

—No por elección—. Prudence luchó, sacudió el brazo y lo pateó—. Suéltame, bruto. —Él se inclinó hasta que el aliento le rozó la mejilla.

—Tengo la intención de hundir este barco. Puedes venir conmigo o hundirte con él al fondo del océano.

—No haré ninguna de las dos cosas.

Ella sacudió el brazo con todas las fuerzas que pudo reunir. Nada le habría agradado más que ver a sus captores caer. A pesar de su deseo de venganza, no ayudaría al pirata que tenía adelante. Podía saquear, matar y hundir todo lo que quisiera, pero no se quedaría con él. La soltó y ella cayó al suelo; el cuchillo se le escapó de las manos y se deslizó por el pasillo. Ella se apresuró a recuperar el arma, pero él la atrapó, la levantó del piso para mantenerla contra sí con firmeza. Se le cortó la respiración al sentir el cuerpo firme contra ella.

—No seas tonta, mocosa. ¿Qué intentas hacer? ¿Nadar hasta la orilla más cercana? Nunca lo lograrías. Soy la única oportunidad que tienes de ver otra salida de sol. —Tiró la cabeza hacia atrás y la miró a los ojos—. Confía en mí.

¿Qué irritante! ¿La consideraba una tonta?

—La confianza no es algo que doy con facilidad—. Ella lo miró. Él no habló, sólo continuó mirándola. Ella se mordió el labio inferior en un intento de poner en orden sus pensamientos. La sinceridad le brillaba en las frescas profundidades azules de los ojos. Por mucho que quisiera, no podía discutir.

—Muy bien, pero necesitaré mi arma.

—¿Para que me cortes la garganta? Me parece que no. —Él le dirigió una sonrisa un tanto diabólica.

—La confianza es un sendero de dos vías.

—Vamos a empezar sin armas. —Apartó la mirada, hacia las escaleras.

La última cosa que deseaba era encontrarse indefensa en las garras de otro pirata sediento de sangre. Tenía que tratar de dominarlo y hacerlo cambiar de opinión, procurar algo de control sobre su vida.

—Necesito el cuchillo para protegerme —protestó ella. Él la empujó hacia la salida.

—Yo soy toda la protección que necesitas. Ahora date prisa.

Confianza... Seguro... Ya vería

Capítulo 2

Jasper estudió a la belleza pelirroja mientras Combs, el cirujano del barco, le curaba las heridas. Mantuvo la cabeza inclinada, sus ojos color avellana ocultos, aunque aún podía verse parte del rostro. No pudo evitar admirar su entereza mientras la aguja entraba y salía de la blanca piel. La muchachita observaba trabajar a Combs casi sin una mueca de dolor en su rostro. Había visto a algunos de sus hombres mostrar menos valor.

Finalmente, alzó la mirada que encontró la de él. El coraje y la determinación le brillaban en lo profundo de los ojos, aunque también reconoció una tristeza innata que le hizo querer ayudarla. Maldita sea, ni siquiera sabía su nombre. ¿Por qué debería importarle lo que le pasó a esta criatura del demonio?

Combs remató la puntada final, luego se volvió hacia Jasper.

—Debería curarse del todo mientras no se infecte. No habrá daño permanente, pero quedarán cicatrices en el brazo y el pie.

Jasper asintió con la cabeza.

—Era de esperar.

Con su belleza, las cicatrices no importarían. A diferencia de su mejilla estropeada, sus imperfecciones sólo aumentarían su atractivo, y le darían una ventaja. Los hombres se doblegarían por saber cómo las habría ganado. Para conocer todos sus secretos. Él quería conocerlos también.

—Asegúrese de poner whisky en las puntadas un par de veces al día, señorita.

—Gracias, señor ... —Arqueó una ceja.

—Combs.

La comisura de los labios dibujó una media sonrisa.

—Muy bien. Gracias, señor Combs. —Las mejillas del cirujano se ruborizaron al tiempo que asentía con la cabeza antes de salir de la cabina.

Una vez que la puerta se hubo cerrado, Jasper se volvió hacia ella.

—Necesitaría saber su nombre.

—No le debo nada.

—Me debe la vida.

Se acercó, decidido a tener su respuesta.

—Si no fuera por mí, aun estaría prisionera en el *Black Dawn*.

Estaba de pie ante él, con la espalda erguida, los hombros cuadrados.

—Habría ideado una forma de salvarme.

—No tengo ninguna duda de que le hubieras hecho tu mejor intento. De todas maneras, te he puesto a salvo. —No dudaba de que esta muchacha obstinada y tonta hubiese intentado nadar hasta la orilla más cercana, pero habría muerto antes de tocar tierra. Si no se cansaba y se ahogaba, los tiburones se habrían deleitado con ella.

Exageró una reverencia, el sarcasmo pintado en el rostro.

—Estoy muy agradecida, capitán Blackmore. No obstante, no permaneceré con usted mucho tiempo.

La muchacha tenía más agallas que estatura. No podía dejar de darle el gusto al seguirle la corriente.

—¿Y adónde planea ir?

—A América. —Se acercó a la puerta con una ligera cojera, que favorecía a su pie izquierdo.

El corazón le dio un vuelco ante la idea de que ella saliera a cubierta. Sus heridas demostraron su resistencia y fortaleza —su astucia, incluso, aunque nada de eso la ayudaría en medio de una banda de piratas. No estaría segura entre los otros hombres a bordo. Sólo su belleza la pondría en peligro. Desesperado por detenerla, se movió para tomarla por el codo.

—¿Se propone nadar en el Atlántico?

Ella se calmó, pero no lo miró.

—Tengo intención de que me lleve a un puerto en el que pueda abordar otro barco. Si se niega, robaré su eskuife e iré por mi cuenta.

Él contuvo la respiración por un momento. Esta conversación se había salido de cauce. Necesitaba hacerla calmar antes de que hiciera algo que ambos pudieran lamentar.

—Me temo que hemos comenzado mal. Es mi deseo ayudarla, protegerla, incluso. No puedo permitir que salga de este camarote así como así.

Ella giró sobre sus talones, liberando el brazo.

—Voy a hacer lo que me plazca. No le pertenezco.

—Está aquí por elección, pero recuerde que es un barco pirata. —Tuvo que hacerla entrar en razón, hacerle entender que las cubiertas de la *Marion* no eran las más aptas para que una mujer las recorriera sin protección. Sus hombres eran un buen grupo, pero eran hombres. No podía adivinar qué destino podría tener en cubierta. Por lo que sabía, los hombres se sentirían engañados al descubrir a la mujer entre ellos y arrojarla por la borda.

—Venga, hablemos de su situación.

La condujo hasta una silla frente a un escritorio de caoba. Sentarse aliviaría la presión de los puntos de sutura que Combs había colocado entre los dedos de los pies.

Se mordió el labio inferior y luego se dejó caer en la silla.

—Todo lo que deseo saber es cómo me llevará a América. Más allá de eso, no me importa lo que tenga que decir.

No podía dejar de admirar su iniciativa. Nunca en su vida, ni siquiera como segundón en la heredad del duque, soldado o corsario de su majestad, hubo alguien que se atreviera a desafiarlo como lo hizo ella. Sus acciones le causaban frustración y curiosidad al mismo tiempo.

—En primer lugar, me dará su nombre. —Se apoyó contra la pared y cruzó los brazos sobre su pecho—. Luego podremos decidir su futuro.

Le guiñó un ojo.

—Prudence. —Se sonrojó.

—Muy bien. Es un placer conocerla, *Prudence*... Pronunció el nombre como si lo hubiera hecho toda su vida y no pudo dejar de preguntarse si ese nombre le convenía o no. De alguna manera dudaba que lo hiciera.

—¿Viene de América?

—Ha hecho suficientes preguntas. Ya es hora de que responda a las mías.

—Puede llamarme Jasper cuando estamos a solas.

Ella se irguió.

—No necesito su nombre de pila. Dígame... ¿cómo piensa llevarme a América?

Se sirvió un vaso de brandy, y se tomó su tiempo para preparar una respuesta. La muchacha lo divertía. Simplemente observarla sentada allí lo agitó. Podría ser peligrosa para sus planes si él lo permitía. Todo lo que deseaba era vivir su vida en los mares. Continuar ayudando al orfanato y haciendo que los hombres malvados pagaran por sus crímenes. No tenía ningún deseo de enredarse con una mujer, por muy intrigante que fuera. Tomó un largo sorbo, que le despejó la mente.

—Arreglaré su viaje inmediatamente después de que mi barco sea reparado.

—¿Reparado? —repitió—. ¿Cuánto tiempo durará eso?

¿Acaso la desesperación brilló en su mirada? ¿Qué la esperaba que ansiaba llegar a América? No podía darse el lujo de preocuparse.

—Primero, debemos llegar a un puerto seguro. Una vez allí, los hombres harán un corto trabajo de reparación. Estará en viaje en menos de quince días.

Ella se puso en pie de un salto.

—No me conviene. Necesito regresar a América inmediatamente. ¿Tal vez pueda partir una vez que alcancemos un puerto seguro?

Su reacción, la desesperación en su voz y sus movimientos, le intrigaron aún más. Había mucho más en esta mujer de lo que había revelado. Una parte de él deseaba descubrir lo que escondía.

—La mía será la única nave allí. No se preocupe, llegará a destino. — Ofreció lo que supuso fuera una sonrisa tranquilizadora—. Entretanto, debe quedarse dentro de mi camarote.

Una sensación ominosa le oprimió la boca del estómago. Tener una mujer atractiva en su camarote sería una tortura, pero no había otra manera de evitar que se hiciera daño. Bajo la fachada de pirata era un caballero, segundo hijo de un duque, que podía controlarse. Debía hacerlo, también.

* * * *

Al oír sus palabras, Prudence sintió que su pulso se aceleraba. Deseaba mantenerla cautiva como lo había hecho el último pirata. No podía permitirlo.

—No voy a quedarme aquí encerrada. Tendrá que elaborar otro plan mejor.

—La cubierta de un barco pirata no es lugar para una mujer. No puedo garantizar el buen comportamiento de mis hombres si se pasea entre ellos.

—No comprendo cómo permanecer en el camarote de un pirata pueda hacerme sentir mejor. Ella apretó la parte del vestido donde había estado sosteniendo el tejido desgarrado. La forma en que la pasión brillaba en los ojos del pirata mientras la miraba era más que un poco inquietante. Ella dio un paso atrás. Sería sobre su cadáver que este hombre le pusiera las manos encima. No había hecho nada para justificar su miedo, pero sería una tontería subestimarlo.

—Su virtud está a salvo conmigo. No tengo el hábito de seducir a las mujeres que no quieren.

Seguramente se había vuelto loca. ¿Qué otra explicación podría haber para que creyera sus palabras? De todos modos, vio sinceridad en los ojos.

—¿Se propone encerrarme aquí adentro?

De alguna manera, ella pasaría por esto y regresaría a casa. Tenía que hacerlo. Con papá desaparecido, era su derecho de nacimiento y su responsabilidad administrar la compañía Drake Shipping. Y estaba el señor Stratford. Tenía que casarse con él como papá lo había deseado.

—Cuando no esté aquí, la puerta permanecerá con cerrojo.

—Hace un momento dijo que no podía dejar el camarote sola. ¿Eso significa que me acompañará a la cubierta? Ella se acomodó y puso uno de los brazos en jarra.

—Da la casualidad que he crecido en barcos. Estoy muy familiarizada con el manejo de un buque, y no tengo miedo de los marineros, señor. Confío en ellos más en que la mayoría de la gente. No hay necesidad de mantenerme encerrada en su camarote; créame.

—No es mi prisionera. —Le sonó la mandíbula cuando le devolvió la mirada fijamente.

—Por favor, dígame, ¿cómo define a un prisionero? —lo miró, pero a pesar de su ira reconoció algo en él. El capitán Blackmore era más de lo que parecía. Le dolía admitirlo, pero no la había obligado a hacer nada, ni la había maltratado en modo alguno. Él le habló con sinceridad y parecía preocuparse por lo que le dijo. ¿Era posible que un pirata fuera honorable?

—Muy bien. La escoltaré para dar un paseo una vez al día mientras esté a bordo.

Ella sonrió triunfante.

—Puedes hacerlo justo después de ordenar mi baño y encontrarme ropa limpia. Si no tiene una tina, una jarra con agua bastará.

Suspiró, se apartó de ella y luego salió del camarote sin decir palabra.

El corazón de Prudence saltó al oír el ruido de la cerradura. ¿Le enviaría los artículos que ella pidió? ¿Volvería él también? Quizás no debiera de haber sido tan grosera.

Capítulo 3

Jasper nunca se había cruzado con una mujer tan enervante. ¡Un baño! En un maldito barco pirata. ¿Quién se creía que era? ¿El capitán? De la forma en que daba órdenes, uno podría pensar que así era. Bueno, no le rendiría pleitesía. Tal vez no debiera de haberla rescatado en absoluto. Dio vuelta a la esquina y entró en la cocina. A menudo, el mozo de cabina se encontraba aquí.

—Kipp, —llamó cuando vio al muchacho, que era más como un hijo, afilando un cuchillo.

Kipp apartó su trabajo y se puso de pie ante él.

—¿Sí, capitán?

—Lleva a mi camarote una cubeta de agua fría y algunos trapos. Allí encontrarás a la muchacha que rescaté del *Black Dawn*. Deja las cosas en el camarote junto con un par de tus pantalones y una camisa. No te demores y no permitas que nadie más entre. Cierra la puerta al salir.

Apostaría a que la mujer no estaría encantada de llevar ropa de hombre, o más bien de muchacho. Le serviría de lección, por hacerle pasar tan mal rato. Tal vez las prendas le harían sentirse lo suficientemente incómoda como para permanecer debajo de cubierta. De alguna manera dudaba de que tuviera tanta suerte, pero al menos la muchacha se disimularía mejor en la cubierta, con pantalones. ¿O no? Le saltó a la mente, una imagen de ella vestida con ropas que se ajustaban a sus curvas. “*Demonios*”.

Las mejillas de Kipp subieron un poco de color.

—¿Quiere que le dé los pantalones?

—Así es. Ahora, vete.

—A la orden.

Jasper lo observó salir para cumplir con sus órdenes.

Kipp había estado en la *Marion* desde hacía dos años. Jasper lo había encontrado golpeado y escondido en el agua de la sentina. En lugar de enviarlo al orfanato, Jasper le permitió seguir a bordo como su mozo de cabina.

Con el tiempo, Kipp le confió que había sido abandonado. Afirmaba tener dieciséis años. Tenía suficiente edad para firmar por los artículos de la nave. Kipp parecía feliz en la *Marion*, encajaba bien en su tripulación, trabajaba duro, y había demostrado ser leal. Para Jasper se había convertido en familia.

—Capitán... —Hawkins le dio una palmada en el hombro, sacándolo de su ensimismamiento—. ¿Qué planes tienes para la mujer?

Jasper apretó la mandíbula. No quería hablar de ella, pero Hawkins tenía todo el derecho de preguntar. No sólo era un miembro de confianza de la tripulación, también era su primo.

—Quiere ir a América.

—¿La escoltaremos hasta allí? —Se frotó la nuca.

Jasper tuvo la firme indicación de que Hawkins no estaba de acuerdo.

Hawkins lo siguió mientras caminaba.

—Le he dicho que voy a arreglarle el pasaje, pero no hasta después de que la *Marion* haya sido reparada. Por ahora, debemos seguir con nuestro rumbo. — Se volvió hacia su primo—. Ve que Payne y Finch reparen lo que puedan mientras navegamos.

—El daño a la *Marion* no ha sido grave. Payne ya ha atendido a la mayor parte de los daños de la cubierta superior. Finch está abajo, trabajando mientras hablamos.

—¿Te olvidas de que inspeccioné los daños personalmente? No necesito un informe. Sólo controla que las reparaciones continúen —espetó. Tener a la mujer a bordo pesaba sobre él, le ponía los nervios de punta, en más de un sentido. Su paciencia también parecía agotarse a medida que transcurrían las horas. La situación no era buena para él o su equipo.

Hawkins asintió.

—Sí, capitán.

—Ahora, si me disculpas... —Jasper apretó el paso hacia el puente de mando, ya que no sentía voluntad de seguir hablando. No obstante, tenía todo el deseo de ver cómo se las había arreglado Prudence. A estas alturas, debía de haberse lavado y vestido. ¿Seguiría con deseos dar un paseo por cubierta?

—Capitán, —llamó Styles mientras corría hacia él.

Un cosquilleo de fastidio recorrió a Jasper.

—¿Qué sucede?

—¿Se acuerda de la seda azul que teníamos? —sonrió Styles.

—¿Qué pasa? —Jasper arqueó una ceja, molesto.

—Prefiero mostrárselo, capitán. Sígame. —Styles comenzó a trotar hacia los camarotes de la tripulación.

Jasper volvió a mirar el puente antes de seguir a Styles. Terminaría con esta tontería y volvería a su camarote. Por mucho que lo intentara, no lograba alejar a la muchacha de su mente. Quería verla; necesitaba verla.

—Ya que tenemos a una dama a bordo, pensé que podría utilizar la tela. — Styles entró en los camarotes de la tripulación.

Jasper lo siguió, su molestia aumentando a cada paso.

—No puedo ver lo que una cosa tiene que ver con la otra.

—Ya va' ver, Capitán. —Styles se detuvo, levantó un bulto de tela de su litera y lo agitó delante de él.

—¿Le hizo una maldita falda? —Jasper se quedó mirando los pliegues de la tela, sin saber qué más decir. Una cosa era segura: la mujer no vestiría eso en su barco. No tenía ningún deseo de mimarla. Ningún deseo de verla ataviada con fina seda. No deseaba que su tripulación, o para ser honesto, él mismo, la viera como una dama. La *Marion* era un barco pirata, no un salón de Londres.

—Supuse que necesitaría algo para ponerse ya que su vestido estaba arruinado.

—Te has equivocado. Esto no es una condenada reunión de té en Londres, Styles. —Jasper se volvió para irse.

—Capitán. —Styles se colocó a su lado y le empujó la falda en los brazos. — Ella necesitará algo fino cuando desembarque.

Con el ceño fruncido, Jasper tomó la falda. Hizo un bollo con ella, la dejó caer en un barril vacío y se volvió a su camarote. La endemoniada muchacha no recibiría regalos de su tripulación.

* * * *

Prudence terminó de prender el último botón de la camisa blanca prestada, luego dio un paso atrás para examinarse en el espejo ovalado sobre el lavabo. La camisa no era de su estilo, con volantes en el escote y las mangas, pero le gustaban los pantalones. Siempre había preferido los pantalones de hombre a los vestidos. Restringían menos y era mucho menos probable que te hicieran tropezar o te dejaran atrapada en algo como habían hecho a menudo las faldas.

¿Aprobaría el señor Stratford que se hubiera vestido con ropas masculinas? La había visto con pantalones de vez en cuando, y ni siquiera había levantado una ceja. Sin embargo, eso no significaba que lo permitiría una vez que se casaran. ¿Qué importaba? Suspiró. No era como si tuviera otra elección. Papá quería que se casara con el Sr. Stratford, y ella podría hacer lo que quisiera. Con suerte, los dos se llevarían bien y aprenderían a amarse.

Se fijó en los detalles de la habitación. Una cama amplia sobresalía de la curva de una pared; un escritorio de caoba anclado a la pared directamente al otro lado y el lavabo, que ocupaba la pared del fondo junto a un armario. Se sintió especialmente atraída por un gran baúl a los pies de la cama. ¿Qué podría haber en el interior? Se acercó y tomó el pestillo, mientras jugaba con la idea de abrirlo. ¿Un tesoro pirata? ¿O, tal vez, artículos personales que revelarían

secretos sobre Jasper? Sus dedos se morían de ganas de levantar el pestillo. Para resolver el misterio de su contenido.

No, no invadiría su privacidad. El baúl probablemente no contenía nada de interés para ella. Era probable que estuviera lleno con ropa, viejas bitácoras de viaje o mapas. No se arriesgaría a ser atrapada espiando. Prudence retiró la mano del baúl y luego se sentó al escritorio. Un gran mapa estaba desplegado sobre él y a su lado había una bitácora. Examinó el mapa con verdadero interés, preguntándose en qué lugar del Atlántico estaba y donde se detendría la *Marion* para las reparaciones.

Al oír el suave roce de una llave girando en la cerradura, soltó el mapa y se volvió hacia la entrada. La puerta se abrió y Jasper le clavó la vista. Luchó contra el impulso de apartar la mirada, pero, en cambio, la enfrentó. No la mataría ser un poco amable. Quizás, incluso, hasta podría beneficiarla.

—Gracias por enviarme ropa.

—El artillero del barco arreglará tu vestido para que lo puedas vestir cuando salgas.

—No es necesario. Deshágase de él. —Ella sonrió ante la sorpresa que sus palabras habían provocado en los azules y fríos ojos del capitán. ¿Había esperado que se avergonzara de su nuevo guardarropa?

—Como quieras —dijo, apoyándose en el borde del escritorio.

—¿Puede decirme dónde estamos exactamente? —señaló a América en el mapa—. Me gustaría saber cuán lejos estoy de casa.

Él miró de la muchacha al documento.

—¿Sabe leer mapas?

—Soy una mujer culta, capitán.

Él rió entre dientes.

—No lo dudo, y como le dije antes, tiene permiso para llamarme Jasper cuando estemos solos. —Se notó una ligera irritación en la voz.

Ella asintió pero no tenía intención alguna de llamarlo por su nombre de pila. Era demasiado íntimo. ¡Él era un pirata, por el amor de Dios! No tenía ningún deseo de trabar amistad con él. Fueron piratas los que asesinaron a su padre y a Louisa. Ella le recorrió con la mirada la torcida cicatriz en la mejilla. ¿Habría recibido alguna herida nueva por salvarla?

El capitán Blackmore había matado a los piratas que la habían capturado, vengó a su padre y la rescató. Arriesgó su vida en la batalla. Sin embargo, no podía permitirse verlo más que como el enemigo, aún si lo deseaba.

—Según mi experiencia, las mujeres, por lo general, no leen mapas. ¿Quién le ha enseñado?

Abrió un cajón del que extrajo una botella de líquido de color ámbar y dos vasos.

Lo observó servir un poco del líquido en un vaso al tiempo que intentaba decidir si responder a la pregunta. No sería bueno que un pirata supiera que era dueña de una rica empresa naviera. Desde luego, no podía permitir que él descubriera que su compañía estaba ahora sin protección. No debía saber de la muerte de su padre. De ser así, su compañía estaría vulnerable a él y su tripulación.

Jasper le ofreció un vaso.

—¿Tiene sed?

—No, —levantó una mano en señal de negativa—, gracias.

Le puso el vaso en la mano de todos modos.

—Tome un poco. Después del día que ha tenido, estoy seguro de que está reseca. Además, las bebidas espirituosas son buenas para ahogar las penas.

Ella aceptó y tomó un pequeño sorbo. El licor se quemó la garganta pero no se ahogó.

—¿Qué es?

—Brandy. ¿Nunca antes había bebido?

—No. He bebido vino diluido y champán en alguna ocasión, pero papá nunca me ha permitido beber licor. No es apropiado para una dama empaparse en bebidas más fuertes, pero entonces supongo que un pirata no se preocupa por el decoro.

Envalentonada, tomó otro sorbo antes de dejar el vaso a un lado.

—Ahora, responda a mi pregunta.

—¿Dónde estamos?

Se puso de pie detrás de ella y se inclinó para mirar por encima del hombro de la muchacha. El pecho rozó la espalda de la muchacha, lo que hizo que una ola de calor la inundara. Olía a mar y aire fresco. Inhaló, disfrutando de los aromas. Una sensación extraña la atacó, pero no era en absoluto desagradable. ¿*Deseo*? Ella descartó la tonta idea de su mente.

—¿Sabe dónde está el Canal de la Mancha? —preguntó, su voz suave.

Ella señaló a su ubicación en el mapa. Sí, esa era su posición, a una distancia imposible de Boston.

—¿Cómo hará que llegue a los Estados Unidos en menos de quince días desde aquí?

Él señaló un lugar diferente en el mapa.

—Eso fue simplemente un punto de partida para mostrarle. Esta es nuestra posición actual.

Se sintió profundamente aliviada. Estaban más cerca de la mitad del Atlántico que de Inglaterra. Ella observó el dedo trazar la ruta por el mapa.

—Anclaremos la *Marion* aquí, en *Domina est María*. Las reparaciones no deberían tomar más de un día.

—Señora del mar... —Las palabras escaparon de la boca de la muchacha. Siempre le había gustado estudiar latín—. ¿Es una isla? Nunca he oído sobre ella.

El capitán se enderezó y se volvió para apoyarse en el borde de la mesa.

La descubrí hace algunos años. Una isla pequeña y deshabitada, perfecta para mis necesidades.

Tomó otra copa de brandy, imaginando cuáles podrían ser esas necesidades. Cosas como esconder tesoros y la reparación de su barco, sin duda.

—Usted le puso el nombre?

—Así es. —Sonrió—. Ahora es mi turno.

—¿Para qué?

Él la miró, con expresión seria.

—¿Dónde aprendió a leer mapas?

Rayos. Ella había esperado haberlo distraído lo suficiente para disuadirlo de seguir con esa clase de preguntas.

—Me enseñó mi papá.

Tal vez no la presionaría más.

—¿El mismo papá que le prohibió las bebidas fuertes? —dijo con mirada divertida.

—Leer mapas no es ni parecido a emborracharse. —Se levantó y se acercó a la ventana—. ¿Tiene la intención de continuar con este interrogatorio, o iremos a dar ese paseo que me ha prometido?

Luchó contra sus emociones ante el recuerdo de su padre. No sería bueno que este hombre descubriera la verdad.

Capítulo 4

Jasper paseaba junto a Prudence por la cubierta principal mientras reflexionaba sobre su conversación anterior. ¿Por qué había sido tan reacia a hablar de su padre? Y ¿por qué se había disgustado? La pregunta que le había formulado le pareció inocente.

La miró cuando se detuvieron cerca de la barandilla. El cielo detrás de ella era un resplandor de color rojo y rosa. Su cabello rubio miel bailaba en la brisa de la tarde, mientras que los ojos color avellana brillaban. La muchachita quitaba el aliento y, ni los pantalones ajustados, ni la camisa que fluía vaporosa hacían algo para ocultar sus muchos encantos. Había un aire misterioso en la mujer que sólo se añadía a su atractivo.

Si se viera obligado a pasar mucho más tiempo con ella, no sería capaz de resistir robar un beso de sus carnosos labios. Posó la mirada a esos mismos labios y no pudo resistirse a imaginar lo que se sentiría que estuvieran pegados a los de él. Suaves y dulces.

—Mañana hará buen tiempo. —Indicó el cielo con un movimiento de barbilla, rompiendo así el hechizo bajo el cual estaba.

Miró la inmensidad del océano hacia la puesta del sol. *¿Cómo sabía ella tal cosa?* No preguntaría ahora, pero antes de bajar del barco, averiguaría dónde había adquirido tal conocimiento. No era común que una mujer entendiera de este tipo de cosas, mucho menos que hablara de ellas. Había estado en contacto con barcos, y con frecuencia pero, ¿en calidad de qué?

—Ciertamente —respondió.

Antes de que pudiera decir algo más, se oyó un grito que venía desde arriba. Inclino la cabeza hacia atrás para mirar hacia las velas y las jarcias. Payne colgaba de un mástil, con la pierna envuelta en una cuerda gruesa. Si el hombre seguía luchando de seguro se precipitaría hacia la muerte.

—Estese quieto. —Le gritó Jasper, al tiempo que inspeccionaba la situación.

—He perdido el equilibrio, Capitán. Es una suerte que la jarcia me atrapó, pero necesito una mano extra para liberarme. —Payne dejó de retorcerse, mientras se tomaba de otras líneas cercanas y se afirmaba.

Jasper se precipitó hacia adelante para ayudar, y se impulsó por las cuerdas hacia Payne. ¿Cómo diablos un contramaestre experimentado consiguió meterse en esa situación estaba más allá de su comprensión. De hecho el tonto había tenido suerte de que la jarcia hubiera detenido su caída. De otra forma, su lamentable trasero se encontraría salpicado por toda la cubierta.

—Tenga cuidado. —Le gritó Prudence.

Jasper no pudo evitar notar la sonrisa que iluminó el rostro curtido de Payne mientras la miraba. Apostaba que el tonto había estado prestando más atención a ella que a sus funciones cuando se resbaló. Tener una mujer, peor aún, una mujer atractiva a bordo era malo para todos. Tendría que convencerla de permanecer fuera de la vista hasta que pudiera librarse de ella. Seguramente entraría en razón, una vez que hubiera explicado el peligro que representaba para sus hombres.

Jasper tomó la gruesa cuerda que estaba enredada alrededor de la pierna de Payne.

—Agárrese fuerte de esa línea. Una vez que la afloje, dependerá de usted no caerse.

—Estoy listo, Capitán. —Los nudillos de Payne se pusieron blancos cuando cerró las manos sobre el cabo.

Jasper se tomó de los cabos con una mano y envolvió sus piernas alrededor del mástil mientras trabajaba para liberar Payne. Tan repentinamente como el grito del hombre hubiera enviado a Jasper por el mástil, su contramaestre fue liberado de la trampa en la que se había encontrado.

Esperó a que Payne hubiera llegado a la cubierta antes de seguir sus pasos. Lo punzaba la irritación mientras descendía. Varios de sus hombres se quedaron agrupados en torno a Prudence. Tan pronto como sus botas tocaron la cubierta se movió hacia la muchacha. Se puso de pie junto al mástil con los brazos en jarra como evaluando el daño a su barco.

—Necesitarán reparar aquellas líneas lo antes posible —dijo, levantó la vista y con la mirada siguió la jarcia dañado antes de venir a descansar sobre la del capitán—. La vela mayor es inútil sin ellas.

Jasper revisó los daños, la sangre hirviéndole. Tenía razón en su evaluación. ¿Cómo sabía tanto? Y por qué sus hombres tropezaban entre ellos para rendirle homenaje? No se daban cuenta de los peligros de tener una mujer a bordo? Los condenados tontos no podían ver más allá de sus encantos. No podía permitir que ella tomara el mando de su nave.

—No es su...

—Sí, señorita. Voy a cuidar de ello de inmediato. —interrumpió Payne y entonces hizo una reverencia.

Prudence miró a Payne, que en ese momento le ofrecía una amplia sonrisa.

—No lo dudo.

Styles le dirigió una sonrisa divertida.

—Parece que sabéis una cosa o dos sobre buques de combate —dijo, al tiempo que codeaba juguetonamente a Jasper—. Tiene buen ojo, capitán.

—Nunca he visto a otra mujer que supiera una cosa como esa —coincidió Finch, el carpintero del barco.

—Regresen a sus puestos —ordenó Jasper con voz firme mientras intentaba controlar su creciente frustración.

Siguió un coro de “A la orden, mi capitán” mientras los hombres se volvían para cumplir sus órdenes, aunque no sin antes inclinar las cabezas o dedicar una reverencia a Prudence. ¿Cómo una sola mujer había podido reducir a una tripulación de temibles piratas a un grupo de ostentosos aunque tontos pavos reales?

Por mil demonios. Había soportado todo lo que podía tolerar de este disparate. La tomó por el codo, decidido a sacarla de la vista de sus hombres.

—Volvamos al camarote.

Prudence no se movió para acompañar el movimiento. ¡*Rayos que la mujer era terca!*. Peor aún, de alguna manera su actitud desafiante la hacía más atractiva. El impulso de llevarla a la cama y amansarla lo sintió en el bajo vientre.

Él la miró, su creciente deseo en lucha con su ira, y la tomó por el codo con mayor firmeza.

—Ahora.

* * * *

Prudence escudriñó el rostro de Jasper, nada impresionada con su demostración de arrogancia. Debería liberar el brazo de una sacudida; decirle lo que pensaba de ser manejada por un hombre. Debería escupirle las botas. Tomar un bote y escaparse hacia la seguridad. Demostrarle que era capaz de cuidar de sí misma.

Ella encontró la mirada del pirata, lista para la batalla. Una advertencia brilló en los ojos azul hielo como advertencia que sería mejor que cooperara. Sintió el calor dentro de ella mientras le permitía guiarla de nuevo al camarote del capitán. El momento en que se cerrara la puerta entre ellos y la tripulación, tendría que escuchar una cosa o dos. Por ahora, estaba concentrada en mantener el ritmo de sus largas zancadas.

Su enojo crecía con cada paso, mientras prácticamente corría para no tropezar. Al momento de entrar en el camarote, estaba a punto de colapsar. Sólo la cólera que la invadía la sostenía en pie, como la puerta de madera maciza que se cerraba detrás de ellos. Ella giró para enfrentarlo y lo miró directamente a los ojos.

—No tiene derecho de tratarme así.

—Soy capitán de este barco. Tengo todo el derecho a eliminar las distracciones peligrosas de mis cubiertas. —Tomó una botella de ron de su escritorio, la abrió y tomó un gran trago.

Ella, ¿peligrosa? ¿Por qué? Simplemente porque era una mujer? Jamás oído una cosa tan ridícula.

—¿Ha perdido la cabeza? —Ella le sacó la botella de la mano y la golpeó de nuevo sobre la mesa. El licor salpicó con fuerza y proyectó gotas sobre la superficie de madera.

—Usted es el condenado bárbaro aquí. Yo, no.

Cuadró la mandíbula.

—Lo lleva demasiado lejos, señora.

Prudence avanzó hacia él haciendo caso omiso de la advertencia en su tono áspero.

—¿Yo? No pedí ser traída a bordo de su barco. —dijo mientras le apuntaba con el dedo y avanzaba hacia él.

—Amenazó mi vida para traerme aquí. Ahora me acusa de ser un peligro. Una distracción.

—No la acuso de nada. Más bien lo llamo como es. —Continuó dando pasos hacia atrás, hacia la pared, mientras ella se le acercaba—. Payne casi cae a una muerte segura, gracias a usted.

Su ira se intensificaba aún más mientras continuaba hacia él.

—No es mi culpa que el hombre tuviera un accidente.

Jasper salió del medio y se ubicó detrás de ella.

Se giró para enfrentarse a él, con la espalda contra la pared ahora y con el corazón acelerado.

—Payne cayó porque se distrajo al mirarte. —Sus ojos se estrecharon sobre ella.

Ella inclinó la barbilla desafiante.

—No hay nada en mí que distraiga. Estoy bastante segura de que está equivocado.

Sintió la piel entibiarse mientras él la barría con la mirada de la cabeza a los pies y viceversa. Antes de que pudiera reaccionar, la boca descendió sobre la de ella. Ella se quedó inmóvil por un momento, la cabeza le daba vueltas, los labios estremecidos debajo de los de él. El suave sabor del ron le invadió la boca y se agregó a todas las sensaciones que la asaltaban.

Colocó el brazo alrededor de la cintura acercándola más a él mientras colocaba la boca sobre la de ella. Prudence temía que las rodillas le fallaran debido a la deliciosa sensación que le corría por dentro y que acumulaba en el abdomen. Ella envolvió sus brazos alrededor de los hombros como apoyo

mientras que el corazón latía contra su pecho musculoso. Y de repente, se encontró devolviéndole el beso con todo lo que tenía.

¿Qué, en nombre del cielo, hacía besándolo? ¡Un condenado pirata! Y para peor, estaba disfrutando la sensación sentir los labios de él sobre los de ella. Nunca había experimentado algo tan íntimo, que la consumiera de semejante manera. No podía dejar de preguntarse lo que sería tener esas manos sobre la piel, esos labios sobre la piel desnuda.

No podía permitirse disfrutar de ese contacto. Luchó para liberarse de las sensaciones que la dominaban y se deshizo del abrazo que la envolvía. Luego volvió la cara y rompió la conexión. No se atrevió a mirar hacia atrás hacia él por miedo a que se volviera a ofrecer.

Un momento más tarde, el eco de sus botas sobre el suelo de madera llenó el pequeño camarote. La puerta se cerró y oyó el *clic* de la cerradura antes de que se permitiera deslizarse por la pared hasta sentarse en el suelo. ¿Qué había hecho?

Puso las rodillas cerca del pecho y apoyó la barbilla en ella. Algo en él la cautivó y le hizo creer, aunque sólo fuera por un instante, que quería su atención. *Imposible*. Ella no podía darse el lujo de ignorar lo que era. No podía permitirse desearlo.

Capítulo 5

—Capitán.

Jasper abrió los ojos con dificultad en respuesta a la voz de Hawkins. Había pasado una larga noche en cubierta con el fin de evitar al pequeño demonio que estaba en su camarote. Los recuerdos del beso, y el efecto que había tenido sobre él llenaron su mente hasta que por fin se durmió. Ahora el sol se abría paso por encima del horizonte, proyectando su resplandor a través del océano. Se frotó el sueño de los ojos y se puso en pie.

—Hawkins.

—La muchachita te corrió de tu propio camarote, ya veo. —Asomó una sonrisa divertida.

Jasper se pasó una mano por el pelo revuelto.

—Así podría decirse.

—Debería felicitar a esa mujer. —Hawkins rió y palmeó a Jasper en el hombro mientras hacía una mueca divertida con las cejas oscuras—. Debe de ser una verdadera fiera para haberte hecho correr.

—No he escapado. Por el contrario, he elegido conservar intacto su honor—. Nunca admitiría haber sido intimidado por el beso de una mujer. Ciertamente, no a su primo, ni a un miembro de su tripulación. Además, decía la verdad. Si se hubiera quedado en el camarote, la virtud de la muchacha podría muy bien haber sido dada por perdida. Con ese beso, Prudence había encendido su pasión como ninguna otra mujer lo había hecho antes.

Su mente volvió a la noche anterior. El cuerpo de la muchacha había encajado en el de él a la perfección. Todas sus suaves curvas amoldándose a las de él, clamando por sus caricias. El calor entre ellos había sido diferente a todo lo que había experimentado anteriormente. Si ella no se hubiera apartado, habría sido incapaz de detenerse en un beso. La deseaba toda.

Hawkins rió de nuevo y lo apartó de sus pensamientos.

—En efecto. Capitán Blackmore, el caballero pirata.

—Muy gracioso, Hawkins, —dijo Jasper en un tono seco.

Era demasiado temprano para esta clase de bromas. Jasper necesitaba despertarse por completo y resolver lo que iba a hacer con Prudence. Dejarla encerrada en su camarote no era una solución permanente. Por otra parte, estaba decidido a averiguar cómo sabía tanto sobre barcos y por qué se advertía un sentimiento de tristeza detrás de su bravuconería. Hoy no tenía tiempo para las bromas de Hawkins.

—¿Hay alguna razón por la que has interrumpido mi sueño?

Sus ojos brillaban divertidos.

—Desde luego. Parece que la mujer se ha encerrado desde el interior. Se negó a permitir que Kipp entrara con el desayuno. ¿Estás de acuerdo con que derribemos la puerta?

Jasper cerró los ojos y respiró profundo. *Maldición.*

—Tú preocúpate de mantener la *Marion* en curso; yo me ocuparé de nuestra invitada. —Se dio la vuelta para ir a su camarote, luego se detuvo y volvió a mirar a su primer oficial.

—¿Cuánto tiempo hasta llegar a *Domina est María* ?

—No mucho, capitán. Han avistado tierra en la madrugada. Debemos estar allí antes de tres campanadas. —Hawkins señaló a estribor, una seria continencia había reemplazado su humor anterior.

Jasper siguió la dirección indicada y su mirada fue recibida por la lejana costa de la isla.

—Muy bien, —respondió antes de continuar su camino hacia la cabina. Tal vez podría utilizar la promesa de tocar tierra para ganar acceso al camarote. Sin duda, Prudence estaría lista para sentir tierra firme bajo los pies. Esperó. De no ser así, no tendría más remedio que romper la puerta. No podía permitir que muriera de hambre, o que lo le permitiera entrar a su camarote. ¿Qué pensarían sus hombres si su capitán no podía siquiera hacer uso de su propia cabina?

Dio vuelta a la esquina y se detuvo en seco. La puerta estaba abierta de par en par. El miedo heló su sangre al tiempo que la idea de Prudence vagando sola por el barco llenaba su mente. Después de un segundo, se impulsó al interior del camarote.

—¿Prudence? —Recorrió el espacio con la mirada, sin poder creerlo. La mujer no estaba por ningún lado. Salió disparado hacia la puerta y gritó:

—¡Kipp! Jasper volvió a entrar con furia, miró debajo de su escritorio y luego en el pequeño espacio cerca de su cama. No había otro lugar que el que podría haberse escondido. El pequeño demonio no estaba allí.

Tonta mujer, ¿en qué estaba pensando? ¿Dónde estaba? ¿Y por qué Kipp había dejado la puerta sin cerrojo? Tenía que haberlo engañado con alguna argucia, condenada mujer. Hizo su camino de regreso a la cubierta principal y tomó al primer marinero que encontró.

—Vaya a buscar a Kipp de inmediato y envíemelo. —El hombre se escabulló tan pronto como Jasper lo dejó en libertad.

Con el ceño fruncido, Jasper se volvió hacia donde Hawkins se encontraba cerca de la barandilla.

—Hawkins.

—Capitán, —respondió Hawkins—. ¿Necesitas ayuda para derribar la puerta?

—La puerta está abierta. Quiero que la encuentren de inmediato. Toma un par de hombres y busquen hasta que la hallen. Pero no alerten a la tripulación. No tengo ningún deseo de que setenta y cinco piratas se enteren de que hay una mujer andando por ahí sin protección.

—Una pequeña muchachita...—Hawkins entrecerró los ojos—... ¿ha escapado?

—No te quedes ahí como un imbécil. Ve. Encuéntrala. Llévate a Styles, a Comadreja y a Branton para que te ayuden. No los echarán de menos a esta hora del día.

Cuando Hawkins se alejó para reunir los hombres y comenzar la búsqueda, Jasper recordó las palabras que Prudence había pronunciado días pasados: “*Voy a robar un esquiife e irme.*” No lo haría... o ¿sí? No podía ser tan tonta como para pensar que ese era un buen plan. Repetía una y otra vez ese intercambio en su mente mientras se dirigía a donde se hallaba el bote. Ella era descarada y claramente tonta como para haber dejado su camarote. También valiente, inteligente y decidida. Bien podría haberlo hecho.

Apretó el paso, desesperado por descubrir si, de hecho, había abandonado el barco. De haber sido así, le daría alcance y... y ¿qué? Sacudió la cabeza con consternación. No haría más que traerla de vuelta sana y salva a bordo de la *Marion*, a pesar de que le gustaría arrancarle la piel y ponerla a curtir por montar semejante espectáculo. Su corazón dio un vuelco cuando vio el esquiife. Después de todo, no había sido tan imprudente, gracias a Dios. Pero, ¿dónde demonios había ido?

—Capitán, —llamó Kipp.

Jasper giró sobre los talones.

—Prudence ha dejado mi cabina. ¿Qué sabes al respecto? —Los ojos de Kipp, nublados por la preocupación, aunque si era por sí mismo o por Prudence, Jasper no podía estar seguro—. ¿Por qué la puerta estaba sin cerrojo?

Abrió los ojos grandes pero sostuvo la mirada de Jaspers.

—Yo... me debo de haber olvidado de echar el cerrojo. Me quedé muy sorprendido de que ella hubiera bloqueado la puerta desde el interior. Mi prioridad era comunicárselo a usted.

Dio un paso más cerca de Kipp.

—Tu prioridad debería de haber sido seguir mis órdenes. Ahora ella está sola, y Dios sabe dónde en este barco.

Las manos de Kipp se sacudieron, pero se mantuvo firme.

—Lo siento, capitán. No volverá a pasar.

—Es mejor que no, o sufrirás las consecuencias de desobedecer un orden. Ahora ve a ayudar en la búsqueda, y en caso de que la encuentres, no la pierdas de vista. Me pegas un grito o envías a alguien a buscarme. ¿Lo entiendes?

—Sí, capitán.

—Bueno. Puedes comenzar en la bodega. Date prisa.

Kipp insinuó una tímida sonrisa a modo de disculpa antes de dirigirse hacia la escalerilla. Una punzada de arrepentimiento apuñaló a Jasper por cómo había tratado al muchacho. Esperaba no haber sido demasiado duro con él, pero era más que necesario para Kipp, para todos sus hombres, seguir órdenes. La gente se lesionaba, los barcos se hundieron, y las vidas se perdían cuando las órdenes no son obedecidas. La piratería era cualquier cosa menos un juego.

Jasper recorrió las cubiertas superiores de un lugar a otro, y buscó en los rincones oscuros, los barriles vacíos y las cajas; miró detrás de los rollos de cuerda, y en todas partes donde Prudence podría haberse ocultado. Frustrado, se dirigió a la barandilla para pensar por un minuto. Tal vez debería encontrar a Hawkins y ver cómo les estaba yendo a los otros. A estas alturas, tenían que haber buscado en casi cada pulgada de la *Marion*. Echó la cabeza hacia atrás para contemplar el nítido cielo azul y suspiró. Tenía que estar aquí en alguna parte.

Jasper cerró los ojos. Debían de estar engañándolo. No había visto a Prudence en la jarcia. Los abrió lentamente y el corazón le dio un vuelco. La condenada mujer estaba allí arriba con Payne. Quería gritarles. Ordenarles que bajaran de inmediato. Si lo hacía, podría asustarlos y hacer que uno o ambos cayeran. Contuvo el impulso mientras se dirigía hacia el mástil principal. Si ella se lastimara, o peor, muriera, no sería capaz de vivir con el cargo de conciencia. Ella era su responsabilidad ya fuera que lo deseara o no. La había rescatado, la había traído a bordo de su barco. Tenía el deber de verla llegar segura a América. El caballero en él no exigía nada menos.

Su mirada permaneció en ella mientras llegaba a la base del mástil principal. Estaban a por lo menos diez pies de altura. Después de contener el aliento, dijo en un tono alto, pero seco:

—Payne.

Prudence bajó la vista, y sus miradas se encontraron. Jasper sostuvo la mirada, pero no se dirigió a ella.

—Payne, ven aquí y explícame el significado de esto.

—Sí, capitán.

Prudence no hizo ningún movimiento para bajar a cubierta mientras Jasper daba nerviosos golpecitos con el pie y observaba con impaciencia. ¿Debería

pedirle a ella que bajara también? ¿Bajaría ella? A pesar de lo mucho que deseaba exigirle que descendiera, era probable que ser prepotente fuera contraproducente en este caso. Seguiría observándola por ahora. Dejaría que Payne fuera el que la bajara ya que estaba claro que había sido él el que le había permitido subir hasta allá, en primer lugar.

Jasper miró a Payne hacer su camino hacia cubierta, pero rápidamente volvió su atención a Prudence. Continuó haciendo lo mismo hasta que Payne lo alcanzó.

—Capitán, no estoy seguro de lo que desea que le explique.

¿Cómo podía el hombre ser tan tonto? Seguramente sabía que una mujer no tenía lugar en la jarcia. Jasper miró con incredulidad a Payne antes de volver a echar un vistazo a Prudence.

—¿Por qué está ahí?

Una mirada tímida se asomó a la cara de Payne.

—La señorita Prudence me dijo esta mañana que usted había concedido el permiso para ayudar en las reparaciones. Sonaba razonable después de ver ayer lo mucho que sabía sobre el mástil.

Jasper quería estrangular al hombre. Hacerlo pasar por debajo de la quilla o darle treinta y nueve latigazos por su estupidez.

—¿Qué tiene de razonable que una mujer ayude con la reparación de un buque? —Escupió las palabras en voz baja, porque no quería que Prudence lo escuchara aunque quería que Payne percibiera su ira.

—Si lo pone de esa forma, Capitán.

—Bájala de una vez. Jasper miró con enfado a Payne por un segundo y luego volvió a mirar a Prudence. Cada segundo que permaneciera allí era otro segundo que estaba en peligro.

—¿Cómo se supone que lo haga, capitán?

Jasper aumentó la presión sobre la empuñadura de su alfanje.

—Tienes el tiempo que se tarda en llegar a ella para averiguarlo. Mueve el trasero, ahora.

Jasper permanecía impaciente mientras Prudence bajaba la mirada hacia él. ¿Podría subir y traerla hacia abajo sin dañarla o dañarse? Había estado subiendo jarcias por muchos años, pero nunca lo había hecho con una mujer enojada en sus brazos. Ella sin duda se irritaría si él fuera tras ella. Centró toda su atención en tratar de escuchar lo que estaba diciendo Payne a Prudence, una vez que llegó hasta ella, pero no pudo adivinar más que unas pocas palabras.

Su conversación pareció durar horas, aunque sólo habían pasado unos minutos. Jasper no podía apartar los ojos de ellos mientras Payne agitaba las

manos y asentía como un tonto. Al mismo tiempo, Prudence no hizo ningún movimiento para bajar. Por fin, inclinó la cabeza y miró a Jasper.

—Sólo aceptaré descender si jura por su honor no castigar al Sr. Payne.

Sintió ternura por el hecho que se preocupara sólo por la seguridad de Payne sin tener en cuenta la propia.

—Por mi honor. —Jasper se puso la mano sobre el corazón. Le habría prometido todas las riquezas del mundo para que bajara.

—¿Cómo puedo saber con certeza que puedo creerle? —La voz Prudence sonaba a desafío.

Por todos los demonios. Siempre tendría que ser fiel a sus promesas si deseaba conservar la paz en cuanto ella se refería.

—No lo sabe pero hay una forma de averiguarlo. Baje y permítame poner a prueba mi honor.

Miró a Payne, dijo algo, y luego comenzó el descenso. Un pie se deslizó, seguido de las manos, y un débil grito se le escapó de la garganta. Agitó los brazos, pateando al tiempo que se desplomaba hacia cubierta.

Un grito explotó en la garganta de Jasper mientras se escurría para colocarse debajo de ella, a la vez que dudaba de su capacidad para salvarla.

Capítulo 6

Prudence luchaba por asir alguna de las cuerdas. Su corazón galopaba detrás de sus costillas mientras intentaba alcanzar cada trozo de cuerda o de vela que caía en picada a su lado. Había luchado tan duro para sobrevivir en estos días pasados. De ninguna manera iba a dejar que su vida terminara ahora. La mano entró en contacto con una cuerda y cerró los dedos alrededor de ella, aferrándose con todas sus fuerzas.

Luchó para recuperar el aliento mientras se afianzaba con la otra mano. Siguió el grueso cable con la mirada, y descubrió que corría hacia el mástil central. Podía deslizarse por él y luego trepar a un lugar seguro. Las manos le ardían como el mismo infierno pero no se soltaría.

Maldito Jasper por ponerla tan nerviosa. Había estado a bordo de la mayor parte de su vida, estaba acostumbrada a escalar jarcias. En todo el tiempo que había pasado en los barcos de papá, nunca había perdido el pie. El hombre horrible la hacía poner tan nerviosa cuando la miraba que no podía concentrarse. El deseo de besarlo otra vez llenó sus pensamientos mientras su mirada penetrante alteraba sus nervios.

—Voy por usted. Quédese donde está. —gritó Jasper.

Ella negó con la cabeza, desafiante. Su ayuda era lo último que necesitaba en ese momento. ¿Es que el hombre estaba tratando de matarla? Estaba siendo tonta. Él no podía saber el efecto que tenía sobre ella.

—Por favor, no lo haga. Soy perfectamente capaz de rescatarme a mí misma. Sólo necesito encontrar el camino a través de la línea.

—Deje de ser obstinada. Llegaré en un momento. Sólo quédese donde está.

Miró en dirección desde donde provenía la voz de Jasper. Subía por el mástil principal mientras hablaban. No podía evitar que llegara hasta ella, pero que la condenaran si iba a esperarlo colgando allí como una dama indefensa y desfalleciente. Haciendo caso omiso de su petición, ella continuó moviéndose por el mástil, una mano a la vez, ignorando el dolor en las palmas de las manos. Por lo menos, conseguiría llegar allí antes de que él alcanzara la cuerda de la que colgaba. No era una damisela indefensa, y no permitiría que nadie la viera como tal.

Mantuvo su atención en la tarea mientras avanzaba lentamente hacia su objetivo. Tal vez si ella alcanzara el mástil antes de que él llegara al cabo, dejaría que se salvara sola. Todo lo que había querido hacer era demostrar que era capaz de permanecer fuera del camarote. Había esperado que si ella lograra liberarse y

demostrar sus habilidades a bordo de la nave, Jasper le otorgaría la libertad. Una libertad que necesita con desesperación. No había manera de que pudiera permanecer encerrada allí bajo su control. Nunca volvería a ser cautiva de un hombre, ni siquiera de uno apuesto y misterioso, a quien deseaba.

—¿Puede quedarse quieta, por favor? Debe de tener los brazos adoloridos y las manos quemadas por las cuerdas. Permítame ayudarla.

Haciendo caso omiso de las súplicas de Jasper, ella continuó impulsándose. Ya era bastante malo que hubiera caído. Ahora necesitaba redimirse con desesperación si tuviera que ganar su permiso para ayudar a bordo el tiempo que se encontrara atrapada allí. Tomó aire con determinación y se obligó a moverse más rápido. Era imposible saber lo cerca que estaba, ya que no podía quitar la mirada del mástil y arriesgarse a ponerse nerviosa otra vez.

Finalmente, llegó a su objetivo solo para encontrar los brazos de Jasper esperándola. Se acercó a ella y la atrajo contra sí.

—Aférrese a mí, —ordenó.

No teniendo otra opción, Prudence envolvió los brazos alrededor del cuello de Jasper y las piernas alrededor de la cintura. Estaba demasiado cansada para discutir y, después de todo, él le bloqueaba el camino. El corazón de él latía furiosamente contra el pecho de ella mientras estaban aferrados. ¿Latiría el de ella así? Cerró los ojos. Lo hacía. Era la emoción de la caída. Nada más.

Movió la cabeza para descansar la barbilla en el hombro del capitán e hizo su abrazo más liviano mientras la llevaba a la cubierta principal. Probablemente todo el mundo estuviera observando el descenso. El pensamiento la hizo ruborizar. Nunca había estado pegada de tal forma a un hombre antes. Sus músculos tensos como cables debajo de ella mientras se movía, los corazones latiendo juntos, y no podía negar lo bien que olía: entre exótico y especiado. La extraña sensación del día anterior subió de nuevo al vientre. Abrió con violencia los ojos y se concentró en las olas del mar.

Jasper hizo pie en la cubierta principal, pero no la soltó. Antes de que pudiera dejar caer las piernas a las tablas, la había tomado en los brazos como si fuera un bebé pequeño. Dejó caer los brazos, deshaciendo el abrazo, suspiró de alivio al aliviar la presión sobre las palmas lastimadas y demandó:

—Bájeme.

Él siguió caminando por la cubierta, abrazándola con fuerza mientras se abría camino. Tal vez tenía un interés genuino por ella. Después de todo, se había precipitado en su ayuda. La idea hizo que se decidiera a alejarse aún más de él. No eran compatibles —nunca podrían significar algo el uno para el otro—, un pirata y la heredera de una compañía marítima. Bien podrían ser el carcelero y el ladrón.

Empujó contra su pecho.

—Me gustaría caminar por mi cuenta. Soy muy capaz.

—Parece que es muy capaz de muchas cosas, incluyendo conseguir matarse, casi. —La apretó aún más.

—Habría estado bien si no hubiera interferido. —Miró hacia él, haciendo caso omiso de la comodidad que encontraba en sus brazos, deseando poder quemarlo con la mirada.

—¿Cómo puede estar tan segura? —Él le devolvió la mirada.

—¿Adónde me lleva? —ignoró su pregunta, no dispuesta a explicarse. Nunca admitiría anhelarlo, desear secretamente que la tocara, que la abrazara, que la besara. Tampoco podía explicar su deseo de huir de él. Nada de esto era racional, y mucho menos comprensible.

Rió entre dientes mientras giraba la esquina.

—Usted está evitando mi pregunta, pero no se confunda, dará explicaciones. —Su tono era severo a pesar de la risa.

Prudence dejó de luchar y se obedeció.

—Muy bien. —Tendría que darle algo si quería ganar un poco de libertad a bordo del barco. Nunca podría saber acerca de la muerte de su papá o su compañía de transporte. Solo Dios sabía lo que haría con esa información. ¿Pedir rescate? ¿Robar sus naves? No lo creía, pero tampoco podía correr el riesgo. Sin embargo, podría decirle un poco sobre ella.

Entró en el camarote del capitán, cerró la puerta de una patada, y la depositó en la cama.

Se estremeció ante la pérdida de su tibieza. Su cuerpo lloraba la pérdida de su cercanía mientras lo observaba descorchar una botella de ron. Debería estar furiosa con él. Estaba muy disgustada. Sin embargo, una gran parte de ella deseaba estar en sus brazos. ¿Qué le pasaba?

—Empiece a hablar. —Inclinó la botella y tomó un trago de licor.

Ella fue hacia él.

—En primer lugar, me gustaría un trago. Arrancó la botella de su mano y se la llevó a los labios.

Él la miró con diversión en sus ojos de hielo. La comisura de la boca se torció como queriendo evitar una sonrisa.

Sin pensarlo, se llenó la boca y tragó. Cerró los ojos con fuerza debido a la quemadura ya que el líquido encendió un camino hacia su estómago.

—Toma un poco más. —Fue a buscar un paño húmedo del lavabo y volvió a su lado. — Puede ayudarte a aliviar el dolor de las manos.

Jasper sonrió, el desafío pintado en los ojos. El líquido era horrible, pero no iba a dar marcha atrás. Tomó otro largo trago y luego le devolvió la botella.

—Gracias.

Sintió la cabeza un tanto ligera y su cuerpo pareció relajarse algo mientras lo veía ocuparse de sus tiernas manos en carne viva. Parecía sentir un cosquilleo dondequiera que él tocara mientras limpiaba y examinaba las palmas. Extendió una mano y luego recorrió con un dedo la cicatriz que tenía en la mejilla. Era el hombre más guapo que había visto nunca a pesar de la blanca y tortuosa línea que iba desde justo debajo del ojo a la mandíbula inferior.

Agarró su mano, tirando de ella.

—Sus manos estarán bien.

Trató de deshacerse de la confusión en la mente. *Santo cielo*. Estaba borracha, o al menos en camino. Le había ganado otra vez —la había engañado para que bebiera. Lo peor era que había entrado sola. Hasta lo había iniciado. *Maldita estúpida*.

—¿Está lista para explicarse ahora, o le gustaría otro trago? —le extendió la botella de ron.

Ella levantó una mano en señal de protesta.

—He tenido mi parte. En cuanto a la explicación, le he dicho que no permanecería encerrada en su camarote.

Colocó el ron de nuevo sobre su escritorio.

—Me gustaría saber por qué ha elegido engañar a Payne y trepar a la jarcia.

Bajó la vista un instante antes de encontrarse con su mirada de nuevo.

—Quería ser útil. Para distraerme, aunque sólo fuera por un rato.

Él se acercó a ella, un destello de comprensión en sus ojos.

—Se nota que ha pasado una gran cantidad de tiempo en buques. ¿Por qué?

—Crecí rodeada de ellos. Tragó saliva, tratando de determinar cuánto más podía decirle. La bebida la había relajado demasiado y la cabeza le daba vueltas. Tenía que controlar la lengua. Debía recordar que él no era su amigo.

Él retiró la silla del escritorio e hizo un gesto hacia ella.

—Tome asiento.

Ella se dejó caer sobre sobre la silla mientras él se sentaba en el baúl a los pies de la cama.

—¿Siempre ha sido un pirata? —Ella volvió su atención a las ventanas de cristales romboidales que corría lo largo de la pared exterior.

—No. Ahora dígame... cómo ha llegado a pasar tanto tiempo cerca de los barcos.

Él escondía algo, se podía dar cuenta por cómo había eludido la pregunta y la rápida respuesta, pero ¿qué? Tal vez si ella le daba más, él también lo haría. Se mordió el labio inferior, tratando de dar una respuesta que no dejara ver demasiado.

—Mi padre era un marinero.

—¿De la marina? —preguntó Jasper al tiempo que bebía otro trago de ron.

—No. —Ella lo miró e, incapaz de contener su curiosidad, le preguntó

—¿Qué era antes de convertirse en pirata?

Él sonrió.

—Un corsario.

Otra respuesta corta, ¡*Qué interesante!*... ¿Podría presionar un poco más?

—¿No son la misma cosa? Entendía que los corsarios también atacaban barcos y saqueaban su carga. Hacerlo bajo patente de corso lo hacía legal, pero aún seguía siendo piratería. ¿No es cierto?

Él le alcanzó la botella de ron. Miró la botella, con ganas de aceptar más, pero sabiendo que no debía.

—Otro trago no la matará. Sin embargo, si prefiere puedo ofrecerte un poco de cognac o agua.

La trataba como a una debilucha de nuevo. Tomó el ron y se lo llevó a los labios. Esta vez, tomó un pequeño sorbo y luego se la pasó de nuevo a él.

—¿Quién está evitando respuestas ahora? —Rió.

Él le sonrió, dejando al descubierto dientes perfectos y un brillo en los ojos.

—En general son lo mismo, a pesar de que estaría un en apuros para encontrar ya sea un corsario o un pirata dispuesto a admitirlo.

—Entonces es una suerte que lo tengo. —Se tapó la boca con las manos para detener el flujo de sus palabras. *Él no es su amigo. No tienes suerte de estar aquí.*

—Ha dicho que su padre *era* un marinero. ¿Qué que le sucedió?

Las palabras de Jasper fueron como un puñetazo en el estómago. El aire abandonó sus pulmones y las lágrimas le pinchaban en la parte posterior de los ojos. ¿Cómo podía haber cometido un error tan monumental? Se había referido a Papá en tiempo pasado. Mientras luchaba con sus emociones recorría mentiras en su mente, en busca de un escenario plausible. Cualquier cosa menos admitir papá estaba muerto.

La mirada del capitán se suavizó al mirarla.

—Veo que está sufriendo. Percibo en usted una sensación de melancolía desde el momento en que nos encontramos. ¿Su tristeza tiene que ver con su papá?

Esto no podría estar sucediendo. No podía permitirlo. Prudence se puso en pie y se tambaleó hacia la puerta.

—No quiero discutir esto más. Le he dicho lo que sé de los buques. No le debo nada más. Déjeme.

Jasper se acercó, y, a continuación, la atrajo hacia él.

—Puedes confiar en mí.

Su tono sonaba sincero. Todavía no podía pasar por alto el hecho de que él era un pirata; un asesino no es de fiar. Se mordió el labio y sacudió la cabeza.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Capitán?

Capítulo 7

Jasper liberó a Prudence se apartó un paso de la puerta. De todos los momentos menos afortunados, tenían que interrumpirlo cuando estaba empezando a descubrir sus secretos. Pudo sentir que había estado cerca de que se los revelara. Su reacción después de que hablara de su padre en pasado le dijo mucho. Estaba claro que no tenía deseos de compartir esta información con él, pero ¿por qué? Otros diez minutos y habría conseguido la respuesta.

Parecía estar forjando un vínculo, débil, con ella y deseaba construir sobre él. Ahora tendría que esperar, suponiendo que ella le diera otra oportunidad para hablar sobre su pasado. Él soltó un suspiro y se apartó de la puerta. A pesar de quererlo, no podía ignorar los golpes.

—Entre, —gritó.

Kipp abrió la puerta y asomó la cabeza al camarote.

—Hemos llegado a *Domina est Maria*, capitán.

—Señora del mar —susurró Prudence.— ¡Qué apropiado!

Había hecho lo mismo que la última vez que el nombre de la isla se había mencionado. Jasper la miró, y notó el tono sobrecogedor de la voz. Parecía estar un millón de millas de distancia en ese momento. Como si tuviera una conexión con la isla, o más bien, con su nombre. Tenía la mano sobre el pecho mientras miraba fijamente la ventana. Cómo le gustaría poder quedarse y hablar con ella un poco más.

—¿Prudence?

Dejó caer la mano a su lado y se volvió hacia él.

Jasper contuvo la respiración ante el terror reflejado en sus ojos. ¿Qué lo causaba? ¿Habrían matado a su padre en el mar? Era probable, dado que le había contado que su padre navegaba. ¿Lo habían asesinado los piratas que la capturaron? De ser así, sus heridas estaban frescas. Se hizo el propósito de descubrir la respuesta, pero primero tenía que cumplir con sus funciones como capitán de la *Marion*.

—Debo ir a supervisar las operaciones. Dime que vas a quedarte aquí hasta que yo venga por ti.

Ella asintió con la cabeza y luego se dejó caer en la cama.

Miró de nuevo a Kipp.

—Estaré en cubierta en un momento.

Kipp asintió con la cabeza antes de retroceder y cerrar la puerta detrás de él.

Jasper se pasó la mano por la barbilla. Daría casi cualquier cosa por permanecer allí con Prudence. Se había estado abriendo a él, probablemente debido al ron, pero era un comienzo de todos modos. Y ahora parecía tan lejana. Tenía la sensación de que cuando la puerta se cerrara detrás de él los avances que había hecho con ella desaparecerían. Rogaba a Dios estar equivocado.

Quería ser el que resolviera el misterio en torno a ella, el que pusiera nuevo brillo en sus ojos color avellana. Tragó saliva con dificultad. Esa había sido una peligrosa línea de pensamiento. ¿De dónde había venido?

—Me tengo que ir, pero voy a estar preocupado todo el tiempo. Por favor, evita salir del camarote. —Puede que sonara condescendiente de su parte repetir la solicitud, pero necesitaba quedarse tranquilo después de que su travesura anterior.

Ella se recostó y se estiró sobre la cama. Cerró los ojos un instante y cuando volvió a abrirlos, la tristeza ya no se reflejaba en ellos.

—Tienes mi palabra, —dijo.

Él le ofreció una tímida sonrisa.

—Regresaré tan pronto como pueda. Cuando lo haga, te llevaré a la isla.

Ella le respondió con una leve sonrisa y cerró los ojos de nuevo. Recorrió con la mirada desde el cabello rubio, el rostro, los pechos llenos, las caderas bien formadas hasta los pies. Lo que daría por meterse en la cama con ella; arrancarle sus secretos y abrazarla hasta que el dolor hubiera desaparecido. *Problemas... es todo lo que ella me traerá.*

Alejó su atención de ella, satisfecho de que no intentara más trucos en un futuro próximo, y se abrió paso a la cubierta. Dormiría, sin duda, hasta que llegara a buscarla. Un sentimiento de culpa lo asaltó. No debería haber permitido que bebiera tanto. No debería haberla alentado y no debería haberla desafiado. No cuando ella no estaba acostumbrada a la bebida. De todos modos, había ayudado a hacerla hablar y ahora la mantenía segura dentro de su camarote.

Tal vez podría hacer para que se abriera de nuevo una vez que estuvieran en la isla; si bien, no usaría el alcohol para aflojarle la lengua en esta ocasión. En su lugar, utilizaría su encanto de caballero. Él era un señor, después de todo, y hubo un momento en el que se enorgullecía de haber sido capaz de conquistar a cualquier debutante de Londres a la que hubiera echado el ojo. Seguramente podría encantar a un diablillo estadounidense y rebelde si se lo proponía.

Jasper llegó a la cubierta principal y buscó a Hawkins, listo para seguir adelante con las tareas de carenado del barco. Sus hombres eran expertos en la tarea. Podrían tener a la *Marion* navegando de nuevo con la marea alta de la

mañana. Para entonces, planeaba descubrir todo lo que quería saber sobre ella. Después de lo cual podría enviar a Prudence a América o encontrar otro barco que lo hiciera.

Aún tenía que decidir cómo se llevaría a cabo la tarea. Sólo había determinado que tenía que suceder pronto, antes de hacer algo de lo que podría arrepentirse. Por ahora, no era más que un rompecabezas que despertó su interés. Si lo permitía, tenía la sensación de que podría ser mucho más.

Hacía muchos años que se había comprometido a no enamorarse otra vez. No permitir nunca que una mujer se le acercara lo suficiente como para hacerle daño y no quería arriesgarse a romper ese voto por una misteriosa mujer americana de carácter fuerte.

* * * *

Prudence permanecía en cuclillas entre dos barriles en la cubierta principal del barco, su corazón latía de forma errática. Observó con horror cómo los bárbaros invadieron las cubiertas del buque mercante de su padre, blandiendo los alfanjes y portando hachas. Los gritos de batalla la atravesaron y la dejaron temblando de miedo.

Escondiéndose más entre los barriles, cerró los ojos y elevó una plegaria silenciosa para todos ellos. Los sonidos de los hombres gritando, del metal chocando, y de los disparos de pistola cortaban el aire a su alrededor. Se obligó a abrir los ojos cuando la cubierta se sacudió debajo de ella. Un hombre yacía muerto delante de ella, la sangre rezumaba de un agujero en la cabeza. Tuvo que taparse la boca para ahogar un grito.

¿Dónde estaba papá? Miró a su alrededor y pudo verlo. Estaba de pie con las piernas abiertas y su propio alfanje apretado en la mano. Un hombre alto con la ropa hecha jirones y con la suciedad que le marcaba el rostro luchaba con él. Contuvo el aliento, las lágrimas le ardían en los ojos mientras los veía blandir sus armas el uno al otro. Iba a morir hoy. Todos lo harían.

Con las manos temblorosas cogió el alfanje del muerto. No iba a entregar su vida sin dar pelea, ni se encogería en su escondite mientras todos a su alrededor luchaban con valentía. Tomó el alfanje, se puso de pie, sin perder de vista a papá. Ahora luchaba con dos piratas. Ella levantó su alfanje y corrió hacia ellos, decidida a ayudar.

Alguien le atenazó el brazo con mano áspera, y detuvo su ascenso. Giró la cabeza para encontrarse en las garras del enemigo. Antes de que pudiera reaccionar, él le atrapó la muñeca y la apretó hasta que el alfanje cayó al suelo.

—¿Qué es lo que tenemos aquí?, —preguntó, esbozando una sonrisa sardónica, sin dientes—. Seré un sabroso manjar para los hombres.

Se retorció y dio una patada a la bestia, en vano. Él la abrazó con más fuerza, tirando de ella contra su cuerpo. El olor a suciedad que emanaba de él le revolvió el estómago. Un grito que parecía tener vida propia, escapó libre de la garganta. El miedo y el pánico se apoderaron de ella mientras buscaba a papá. Se sintió reconfortada al verlo dirigirse hacia ella. Todo estaría bien. Papá la rescataría.

Uno de los piratas se balanceó de un aparejo y cercenó la cabeza de papá. El corazón le golpeó en el pecho.

—¡Papá! ¡No! —pero sus gritos cayeron en oídos sordos. Luchó contra su captor con todas sus fuerzas, gritando, retorciéndose, y pateando mientras la arrastraba de la nave de su padre a la balandra pirata. La tiraron en un espacio oscuro, húmedo, y cerraron la puerta antes de atarla a la cama.

—Prudence

¿Jasper? Prudence luchó contra las ataduras que la retenían mientras trabajaba para abrir los ojos. Su corazón se aceleró y el sudor recubría su piel.

—Prudence, despierta. Soy yo, Jasper. Estás teniendo una pesadilla. Despiértate.

Una pesadilla. Jasper. Se obligó a abrir los ojos. Jasper la rodeaba con los brazos, apretándola contra el pecho. Ella procuraba calmarse mientras lo miraba. Todo estaba bien.

—Solo fue un sueño. Estás a salvo aquí, conmigo. —Jasper aflojó la presión del abrazo y luego le acarició el cabello suelto.

Prudence hizo un ligero movimiento de cabeza, disfrutando de la comodidad que le ofrecía. Pudo haber sido una pesadilla, pero no hace mucho todo había sido realidad. *Pobre papá. Y todo por su culpa.*

—Tal vez te ayude hablar de ello, —dijo.

—No.

No podía compartir esto con él. No tenía que descubrir la verdad sobre ella. Ahora era la única propietaria de la empresa de transporte de su papá. Jasper, aunque amable, no debería nunca saber de sus circunstancias. El riesgo era demasiado grande. Él era y tendría que permanecer así, su enemigo. Ella tenía que volver a América, tomar el control de su herencia, y casarse con el señor Stratford. Era extraño que no hubiera pensado en él desde ... bueno... desde antes de que Jasper la besara. ¿Podría realmente casarse con un hombre al que no amaba? ¿Que no deseaba?

—¿Te gustaría ver la isla ahora?

Prudence negó con la cabeza, y luego se dejó descansar contra su pecho de nuevo. ¿Qué daño haría permitir que la consolara un poco más?

Capítulo 8

Jasper estudió a Prudence mientras la sostenía. La mujer era una contradicción. Tan valiente, sin embargo, tan vulnerable al mismo tiempo. Se había quedado dormida en un sueño reparador hacía más de una hora. Debería dejarla e ir a atender sus deberes, o despertarla ella y sacarla de la *Marion* para que sus hombres pudieran encargarse de las reparaciones y del mantenimiento del buque. No importaba lo que creyera que debía hacer, no podía decidirse a actuar. Tenerla en sus brazos parecía natural, como si lo hubiera hecho durante toda su vida.

Ella encajaba en él a la perfección. Su cuerpo parecía moldeado al de él, una pierna descansaba sobre muslos de él, la cabeza descansaba sobre el pecho, y una de las manos apoyada sobre el hombro como si ella también lo estuviera abrazando. Levantó un mechón de cabello e inhaló su aroma. Era tan suave, tan femenina. ¿Cuánto hacía que no sostenía a una mujer? ¿Cuándo había sido la última vez que había tocado algo tan suave?

La señorita Anna, la hija del vizconde Heartford. Jasper se había imaginado enamorado de ella. Planeaba ofrecérsela y creía que ella lo amaba también. Su noviazgo había sido intenso. Todos creían que se casarían. Hasta que ella lo hizo a un lado por su propio hermano. El siguiente en la línea de sucesión para el ducado. Sin cicatrices de guerra, libre de todo lo que Jasper había visto y vivido. El recuerdo lo apuñaló como siempre lo había hecho. Anna no había sido más que una caza fortunas. ¿Por qué conformarse con el segundo en la línea de sucesión cuando puedes tener al heredero? Sus palabras le causaban tanto dolor hoy como lo habían hecho en aquellos años. A pesar de nunca haber creído en sus palabras, todavía le dolían. Fue la cicatriz que había traído de la guerra fue lo que ella no había podido aceptar.

Jasper cerró los ojos ante el recuerdo no grato.

Prudence se agitó, deslizó la pierna hacia abajo. Él abrió los ojos, devolvió la atención a la bella durmiente que ahora sostenía. Si no fuera por la cruel lección que aprendió de manos de Anna, estaría en plan de conquistar a Prudence. No era Anna. Le había tocado la cicatriz sin la menor señal de repugnancia y lo había besado apasionadamente a pesar de su apariencia imperfecta. ¿Había ella sentido una conexión entre ellos así como la había percibido él?

Maldición. ¿Qué le pasaba? Era, sin duda, como cualquier otra mujer. Ser americana no la hacía honesta o sincera. No se conformaría con un heredero de

repuesto, imperfecto, marcado por los horrores de la guerra más de lo que lo haría con un pirata y, en todo caso, él no buscaba una esposa.

Le dio una suave sacudida.

—Prudence.

Luego de un momento, echó la cabeza hacia arriba; sus miradas se encontraron.

—¿Sí?, —preguntó, somnolienta.

—Tenemos que abandonar el barco. Mis hombres no pueden realizar sus funciones con nosotros todavía a bordo. —Se escurrió por debajo de ella y se puso en pie, y ganó así algo de separación muy necesaria. —Te daré unos minutos para que te alistes.

—No es necesario. —Se puso en pie y luego se alizó el cabello con las manos antes de tirar de su ropa, enderezar las arrugas lo mejor que pudo.

—Estoy lista ahora.

La atracción que sentía hacia ella hacía que le dieran ganas de darse vuelta y echarse a correr. Al mismo tiempo, daría cualquier cosa por tenerla cerca una vez más. ¿Cómo había logrado llegar a él? ¿Cuándo lo había hecho? No importaba, no podía importar. La pondría en el primer barco que encontrara en dirección a América, y luego la alejaría de su mente. Era lo que quería, después de todo. Más importante aún, al hacerlo ya no estaría bajo su cuidado y protección, lo que le permitiría volver a su vida normal. Saquear barcos piratas, eliminar los océanos a los verdaderamente deplorables, y enviar su ayuda para el orfanato. Él no tenía espacio para el amor y el dolor que acompaña a esa tonta emoción.

Le hizo señas para que se dirigiera hacia la puerta, que sostuvo mientras salía del camarote.

—Le encargaré a Hawkins que te lleve a recorrer la isla.

Aminoró el paso y lo miró.

—Esperaba que fueras tú el que me mostrara tu isla.

—Tengo que supervisar a mis hombres y las reparaciones. —Pasar más tiempo con ella sería su perdición. Tuvo que permanecer distante. Así las cosas, el deseo y la emoción en su mirada le estrujaban el corazón. Se imaginó que abrazaría la isla, su mirada llena de asombro y admiración cuando se la mostrara. Su reacción seguramente haría derretir el hielo restante que aún envolvía su corazón, algo a lo que no podía arriesgarse.

—Entiendo... —ofreció una débil sonrisa.

La decepción en su voz lo golpeó. *No lo hagas.*

—No creo que haga daño dejar a Hawkins a cargo de los hombres.

—¿En verdad? —Se le iluminaron los ojos de felicidad cuando volvió a mirarlo.

Le ofreció el brazo.

—Sí. Hawkins es más que capaz de manejar las cosas.

* * * *

Prudence no podía pasar por alto la batalla emocional que se desarrollaba en sus ojos. Era como si la detestara en un momento y quisiera complacerla al siguiente. ¿Pero qué significaba? ¿Por qué él deseaba escapar, y entonces al instante elegía permanecer con ella? ¿Tenía que ver con su pasado —por el que había trabajado tanto por ocultar, tanto como ella lo había hecho? Lo que era más importante, ¿por qué se había desilusionado tanto cuando pensó que no pasaría tiempo con ella?

Jasper la condujo a través de la cubierta principal hacia donde una escalera colgaba por sobre la barandilla.

—Bajaré primero. Sígueme y ten cuidado donde pisas.

Retiró la mano del brazo del capitán. La preocupación que mostró le entibió el corazón, pero no pudo resistir la tentación de probar su capacidad de cuidar de sí misma.

—Esta no es la primera vez que he dejado un buque por medio de una escala. Voy a estar muy bien, te lo aseguro. —Le dirigió una sonrisa tímida.

Pasaron infinidad de preguntas por delante de los ojos, pero no pronunció ninguna antes de descender la escala. Prudence lo siguió de cerca como él le había ordenado. Una mirada a su alrededor reveló que la mayor parte de la tripulación permanecía cerca de la nave, sea en el agua o en la playa. Estaba agradecida de estar vistiendo pantalones mientras se abría camino por la escala de cuerdas, un paso a la vez. No sólo la mantenían bien cubierta, sino que le prestaban una facilidad de movimiento que no se podía experimentar en un vestido. La escalera se balanceaba bajo su peso, pero no más de lo esperado. Cuando llegó a la parte inferior y él la levantó en sus brazos, se le aceleró el pulso con frenesí.

—No tengo miedo de un poco de agua de mar. No hay necesidad de que me cargue. —Ella envolvió los brazos alrededor del cuello del capitán a pesar de sus protestas. En verdad, se sentía segura por primera vez desde que el barco de su papá fue atacado. A salvo en los brazos de un pirata? *Ridículo*. Pero cierto de todos modos.

—Permíteme ser un caballero. —Esbozó una sonrisa encantadora.

El mar lamía sus piernas mientras atravesaba la marea baja hacia la orilla. Ella aspiró profundamente el aire tibio, salado, mientras disfrutaba de las sensaciones que le provocaba el simple hecho de que la cargara. Su fuerza combinada con los sonidos familiares y los aromas la calmaban. Ella echó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

Había más en él que el pirata —lo había sentido desde su primera interacción y se convencía de ello aún más día a día. Tenía modales que dudaba uno pudiera aprender de una vida de saqueo y muerte, y que había demostrado ser honorable en más de una ocasión. Era absolutamente sorprendente, teniendo en cuenta el estilo de vida elegido.

Él le había dicho que había sido un corsario antes de convertirse en un pirata, pero ella no podía dejar de querer saber lo que había sido antes.

—¿Capitán Blackmore?

—Te di permiso para llamarme por mi nombre de pila. —Dio un paso hacia la orilla y luego la dejó sobre suelo firme.

—Sí, pero... —protestó cuando él la condujo a través de la playa hacia la espesa vegetación donde la arena blanca se perdía.

La hizo detenerse y la miró a los ojos.

—Quiero oírte decirlo.

Generar esta confianza con él tendría consecuencias. Ella nunca había tenido tanta confianza con cualquier caballero antes, ni siquiera con el señor Stratford, y esperaba casarse con él. Al menos serían Jasper y sus amigos. Miró hacia el cielo sopesando su elección. En todo caso los haría ... ¿qué? ¿Deseaba contarle entre sus amigos? ¿Aspiraba a algo más? Algo más profundo? Se resistía porque había desarrollado sentimientos que no quería que siguieran creciendo?

—Mírame y di mi nombre, Prudence, —instó en un tono aterciopelado.

Ella encontró su mirada una vez más, sorprendida por el anhelo que reflejaba. El Sr. Stratford nunca la había mirado de esa manera. Ningún hombre lo había hecho. No podía seguir mintiéndose. Jasper se había convertido en más que el enemigo. Ella había desarrollado sentimientos genuinos hacia él. Sentimientos que nunca había querido.

Ni una sola vez en su vida había permitido que el miedo la controlara, y no se detendría ahora. Quería ver dónde iría lo que fuera estuviera sucediendo entre ellos.

—Jasper, —dijo en un suave susurro. Parecía tan natural. Como si hubiera nacido para decir su nombre. Se dibujó una gran sonrisa en los labios. ¿Sentía él la atracción que había entre ellos? ¿Lo asustaba tanto como a ella?

—Mucho mejor. —La recompensó con una sonrisa que la hizo enrojecer. —Ahora ¿qué quieres preguntarme?

Interrumpió la conexión, incapaz de sostener la mirada de Jasper; deseaba saber con desesperación de dónde venía, pero no estaba segura de si debía correr el riesgo de arruinar esta conexión entre ellos al ser curiosa. ¿Y si él no quería hablar de ello y decidió enviarla con Hawkins por eso? ¿Y si su respuesta añadiera un nuevo obstáculo insuperable para la relación entre ellos?

Prudence estudió las partes visibles de la isla, mientras contemplaba la arena blanca debajo de los pies antes de echar un vistazo a la vegetación que crecía más allá. La cabeza le daba vueltas mientras trataba de decidir el rumbo que debía tomar. Una vez que pusiera las preguntas en palabras ya no habría vuelta atrás. Su condición de pirata debía de ser suficiente para evitar cualquier atracción entre ellos. Y, sin embargo, aquí estaba ella, dispuesta a mirar más allá de eso. ¿Sería posible que tuviera algo peor que ocultar de su pasado?

—Prudence —llamó cuando entraron en el interior de la isla.

Ella tomó aire y se encontró con su mirada.

—No pude dejar de notar que no pareces un pirata.

—¿Cómo es eso? —permaneció impasible, pero le vio en los ojos un destello.

Ella pasó por encima de una raíz y luego siguió adelante sin prestar atención a su corazón que latía acelerado.

—No eres un verdadero pirata. Ellos no poseen modales ni honor. He sido testigo de ambos en ti.

Se rió; la rica voz hacía estragos en el cuerpo de la muchacha.

—¿Y a cuántos piratas conoces para tener la certeza de llegar a semejante conclusión?

Las mejillas de la muchacha se ruborizaron.

—Dos, pero no eres en absoluto parecido a los que me robaron.

La guió por un sendero marcado por antiguos pasos a través de la espesa vegetación y de los árboles.

—Tal vez no eran verdaderos piratas.

—Sí que lo eran y de lo más desagradable también. La irritación le calentó la sangre, pero estaba decidida a permanecer en su curso. Dio un paso hacia él.

—Tengo idea de que eres un caballero. Me has dicho que has sido un corsario antes de ser pirata. Me gustaría saber lo que te condujo a esa... ocupación. ¿Dónde has crecido? ¿Qué has hecho antes de salir a los mares?

Jasper se detuvo y miró hacia la playa, y pareció que de repente estaba muy lejos de ella. Una tristeza que reconocía en sí, atenazó las facciones del capitán.

—No importa. Esa vida quedó atrás.

No pudo evitar que el deseo la inundara, inclinó la barbilla y acercó los labios a los de él. Él encontró su pasión con la propia, y cruzó los labios por

sobre los de ella. Sentía el deseo subir espiral en su interior, como un vórtice en su abdomen. Ella se apretó a él más, el toque los pechos contra el pecho musculoso. La suavidad de sus labios en contraste con la aspereza de su mandíbula deleitó a sus sentidos mientras profundizaba el beso. Un pequeño gemido escapó de su garganta cuando sus lenguas se tocaron íntimamente.

La apartó, dejándola sin aliento.

—Prudence...

Ella levantó los dedos temblorosos, y con ellos presionó los labios. La pregunta brillaba en sus ojos. No había ninguna necesidad de decirlo.

—Quiero esto te quiero a ti. —Y ella lo quería, ella quería todo de él, quería entregarse por completo a él.

Él quitó los dedos temblorosos de sus labios y otra vez llevó la boca a la de ella. Le envolvió los brazos alrededor de los hombros, aferrándose a esa sensación, como si muriera sin su toque. Ni su pasado, ni su presente, eran importantes en este momento. Sólo lo quería a él, sus caricias, sus besos, la seguridad que experimentaba en su abrazo.

Jasper los bajó al suelo húmedo del bosque, se acomodó a su lado y le pasó el brazo debajo de la cabeza. Llevó sus labios a los de ella en un beso abrasador mientras le acariciaba el cuello, más allá de la clavícula, y sobre el pecho. Ella se apretó contra su palma, disfrutando del hormigueo que perduraba después de la caricia.

Levantó la cabeza, interrumpió el beso y la miró.

Jasper... —tiró de él para encontrar otra vez su boca, sedienta de más. De qué no estaba muy segura, pero confiaba en él, confiaba en que entendía lo que ella quería, lo que necesitaba. Sus terminaciones nerviosas crepitaban, la sangre se calentaba, y el área entre los muslos palpitaba. Con desesperación se empujó más cerca de él, y rogaba en silencio por todo lo que tenía para darle. Más besos, más caricias, más de él.

Él le dio un beso lento, suave, antes de echar la cabeza para atrás y mirarla.

—Ven, camina conmigo.

Ella extendió la mano hacia él en un esfuerzo para volver a acercarlo.

—Ahora, no. —Se puso en pie y extendió una mano.

Se le aceleró el pulso y esa electricidad le recorrió todo el cuerpo mientras lo miraba. ¿Por qué se había detenido? Añoraba la intimidad que habían compartido hace unos momentos... quería mitigar la necesidad que había creado en su interior. Pero no le rogaría. En cambio, aceptó el brazo que le ofrecía.

Lo miraba de tanto en tanto mientras se adentraban en la isla; lo estudiaba, anhelaba su contacto. Querer saber sus secretos. En una ocasión le había pedido

que confiara en él, y mientras lo miraba sin que se diera cuenta, ya no podía negar que lo había hecho.

—Jasper. —Detuvo la marcha, haciendo que se detuviera también.

Se volvió hacia ella, con preocupación en la mirada.

—¿Qué sucede?

—Quiero decirte lo que pasó; contarte sobre mí, —soltó las palabras antes de que el temor pudiera detenerla. No entendía su necesidad de ser honesta con él, sólo que la conexión entre ellas la obligaba. Tal vez ambos podrían encontrar una solución que les permitiera permanecer juntos. Una cosa era segura; no podía casarse con el señor Stratford.

—No tienes que hacerlo. —Le apartó un rizo de la mejilla mientras la miraba tiernamente a los ojos.

Prudence buscó un lugar para sentarse. Un viejo tronco yacía horizontal sobre el suelo, no muy lejos de donde se encontraban. Le tomó la mano y lo llevó al asiento improvisado. La siguió, y se sentó a su lado.

Los pájaros cantaban en algún lugar a la distancia, y llenaban el silencio mientras ponía en orden sus pensamientos. No estaría bien que simplemente le espetara su situación. Es cierto que deseaba compartir su pasado con él, y contra toda razón confiaba en él, pero no quería decirle algo equivocado. Decir algo tonto o fuera de lugar.

Él le apretó la mano con suavidad.

Ella encontró su mirada, tomo aliento, y enderezó su postura.

—Mi padre era dueño de una empresa de transporte. Crecí en el astillero, a menudo había navegado con él y sus hombres. Drake Shipping se halla en Massachusetts; es por eso que necesito volver a América.

Él se frotó la parte posterior del cuello, en silencio, durante varios segundos.

—Eso explica tu conocimiento de los barcos y la navegación. —le apretó la mano con una presión reconfortante—. Has dicho que tu padre era el propietario. ¿Qué ha pasado para que eso haya cambiado?

Ella retiró la mano y cerró los ojos por un instante.

—Estábamos navegando a Inglaterra para entregar un nuevo buque cuando fuimos atacados. —Su voz se quebró en la última palabra, la emoción la inundó junto con los recuerdos terribles—. Mi padre murió; todos a bordo murieron, excepto yo.

Jasper se sentó en silencio a su lado mientras ella le contaba todo lo que había sucedido. De vez en cuando se acercaba y le acariciaba la mano o le frotaba la espalda, pero no habló. Cuando llegaba al final de sus revelaciones, se volvió hacia él.

—Ya ves, estoy completamente sola en el mundo y, ahora, soy la única propietaria de Drake Shipping. El legado de mi padre es mi responsabilidad.

Prudence lo miraba fijamente a los ojos, rezando que hubiera hecho lo correcto en abrirse a él. Con un pirata, aunque fuera este, dicha información podría resultar peligrosa para ella y su herencia. Se le hizo un nudo en la garganta mientras lo estudiaba, mientras buscaba... ¿qué? No lo sabía. ¿Comprensión? ¿Protección? ¡Santo cielo, era una tonta!

—Lo lamento. No debería haberte cargado con mis problemas. *Qué Dios no permita que utilice lo que acabo de contar en mi contra.*

Capítulo 9

Jasper escuchó todo lo que Prudence había dicho y le dio consuelo mientras compartía su historia. Se complació en gran medida de haber enviado a ese bastardo y a su sangrienta nave al fondo del océano. La muerte era mejor que lo que se merecía después de lo que le había hecho. El nivel de maldad en algunos hombres lo asombraba. Es cierto, Jasper y su tripulación habían asesinado así, pero nunca fueron tras personas inocentes, sólo de hombres viles que atacaban a los inocentes. Jasper atrajo a Prudence hacia él, y la abrazó.

—Ahora estás a salvo.

Se acurrucó a su lado.

—Te creo.

Sintió el corazón hincharse por la fe que ella tenía en él. La emoción que le brillaba en los ojos y su voluntad de compartir su pasado lo decía todo. Había desarrollado un sentimiento de afecto por él, los que sólo podrían conducir a dolores de cabeza para los dos. Lo reconocía en su tacto, la forma apasionada con que lo había besado, lo veía en los ojos cuando ella lo miraba.

No podía negar que se preocupaba por el pequeño diablillo y su bienestar. Sonaron en su interior sirenas de alarma, como recuerdo de la última mujer por la que había sentido algo, que inundaron su mente una vez más. ¿Cómo había permitido dejar que crecieran sus sentimientos por Prudence después de la lección que había tenido a manos de Anna? Tendría que poner distancia entre ellos antes de que el afecto por Prudence creciera más. Antes de que uno de ellos cruzara la línea del afecto al amor. Seguramente podría mantenerla a salvo y enviarla a América, y mantener sus corazones a buen resguardo.

—¿Capitán?

Jasper soltó a Prudence y se levantó, aliviado por la interrupción.

—Por aquí, Kipp.

Prudence se puso de pie y se acercó a su lado, pero reprimió el impulso de mirarla.

Un momento más tarde, Kipp entró en el claro.

—Capitán, Hawkins me envió a buscarlo. El daño al casco no era tan severo como sospechábamos. Siendo que habíamos realizado el mantenimiento hace quince días, los hombres hicieron un rápido trabajo de raspar los percebes también. Están terminando en estos momentos, y Hawkins dice que podemos zarpar con la próxima marea, si ese es su deseo.

Jasper hizo una inclinación de cabeza.

—Por favor, acompaña a la señorita Prudence de regreso al barco. Estaré allí dentro de poco. Hasta que yo diga lo contrario, ella está bajo tu protección.

—Sí, Capitán. —Kipp miró a Prudence—. Vamos a seguir la senda de vuelta.

El calor de los dedos de la muchacha se filtraba a través de la manga de Jasper, pero aun así se negó a encontrar con su mirada.

—Ve.

Después de un momento retiró la mano. Mantuvo la vista en Kipp mientras conducía a Prudence hacia el barco. Sintió dolor en el pecho al dejarla ir, pero era lo mejor. Ahora tenía que averiguar qué hacer con ella hasta que pudiera verla fuera de su protección en forma segura.

Sacó el alfanje y mochó algunas viñas cercanas. No porque debían cortarse, sino porque necesitaba liberar su frustración. Había logrado mantener su corazón seguro todos estos años. Había logrado mantener a Anna fuera de su mente y concentrarse en sus actividades de caridad. Había sido feliz siendo pirata y apoyando al orfanato con el capital ganado al atacar a otros barcos piratas.

Los niños lo necesitan, contaban con él. No le dieron y le quitaron su amor como Anna lo había hecho. No le causaban dolor ni pena. Había empezado todo esto —la piratería y la ayuda al orfanato— después de cumplir su servicio a la corona y al país. Era su forma de devolver, de ayudar a aquellos demasiado débiles para ayudarse a sí mismos. Era su forma de curación, y le había curado más de lo que creía posible.

Dejó caer el alfanje a un lado, y se pasó una mano por la barbilla. Contento; no, no era eso. No se mentiría a sí mismo. Sin embargo, él estaba satisfecho con su vida. No necesitaba nada más de lo que ya tenía. Ciertamente no estaba en el mercado del amor. Sacudió la cabeza ante esa idea tonta. Lujuria, tal vez; compañía, sin duda; deseo de proteger a las personas... eran las cosas que sentía por Prudence, no amor. Pero si no tenía cuidado...

Con su mente compuesta, deslizó el alfanje en la vaina y se dirigió de nuevo a la *Marion*. Seguiría protegiéndose al permanecer distante. Fue su mejor curso de acción. Su única opción.

La playa era un zumbido de piratas cuando regresó. Algunos hombres se sentaban alrededor bebiendo ron, mientras que otros llevan suministros, y varios otros estaban en el agua terminando las reparaciones. Jasper buscó a Hawkins en la confusión, y lo ubicó cerca de la orilla. Se trasladó hacia allí para llegar al lado de su condestable.

—Me han informado que estaremos listos para zarpar con la marea.

—Se te ha informado correctamente —replicó Hawkins, al tiempo que observaba la nave carenada, inclinada a un lado en la marea baja—. ¿Doy la

orden?

—Sí, pero vamos a hacer un cambio de rumbo. Cuando naveguemos, será para América.

Hawkins volvió la cabeza para mirar a Jasper.

—¿Estás loco? Si vamos aunque sea cerca de América, nos colgarán. Su costa está llena de barcos de la marina de guerra.

Hawkins no estaba del todo equivocado. La costa podría ser un lugar peligroso; sin embargo, la marina no conocía a la *Marion*. Su tripulación no constituía un objetivo para ellos. Podrían fácilmente entrar y retirarse con sigilo si hicieran las cosas correctamente.

—Si tienes miedo, eres bienvenido a permanecer aquí en la isla. Mi decisión es firme al respecto. Voy a llevar a nuestra invitada a América.

—¿Podemos someterlo a voto, capitán? No nos puede poner en peligro sin nuestro consentimiento, —desafió Hawkins—. Así son las cosas.

—El *Marion* es mi barco. Este equipo es el mejor de los mares y leal a mí. Si deseas una votación, podemos arreglarla, pero ambos sabemos que mis hombres harán lo que yo les diga. —Jasper echó un vistazo a su tripulación. Un valiente y leal grupo, elegido por él personalmente—. Primo, también debes seguir mi ejemplo como siempre lo has hecho. Podemos estudiar los mapas y trazar una ruta segura. Nuestro barco y la tripulación son desconocidos para su marina. Esto se puede hacer sin mucho riesgo.

Hawkins resopló.

—¿Quién hubiera pensado cuando dejamos Inglaterra, hace tantos años, que acabaríamos aquí? Muy bien, permaneceré a tu lado.

Jasper dio una palmada en el hombro de Hawkins.

—Estoy agradecido de tenerte a mi lado.

Hawkins sonrió y luego volvió a mirar la nave.

—No hay ningún lugar donde preferiría estar. Inglaterra perdió todo su brillo mucho antes de dejar de sus costas.

—En efecto.

Jasper se había acercado a Hawkins después de la guerra. Después de la guerra Jasper tenía el corazón roto y había quedado marcado físicamente, mientras que Hawkins estaba arruinado económicamente. Su tiempo como corsarios de la corona y del país les había entrenado bien para una vida de piratería. Hawkins se había reído cuando Jasper sugirió por primera vez que se hicieran a la mar como piratas, pero pronto consintió. A los quince días, Jasper compró la *Marion* y reunió a un reducido equipo de hombres, a los que conocía y en los que confiaba de sus días como corsario. Ambos habían estado huyendo de algo y tenían sed de aventura.

—Da la orden y una vez que estemos en marcha reúnete conmigo en mi camarote.

Jasper fue a buscar Payne antes de que Hawkins pudiera decir nada más. Ahora que había decidido su plan de acción, tenía que manejar la situación con Prudence. Llevarla él mismo a América podría prolongar el tiempo que pasaran juntos. Debía asegurarse de no hacerlo en lugares cerrados. Payne sería la distracción perfecta.

* * * *

Prudence se había metido en el agua, las perneras de los pantalones se habían subido, y buscaba caracolas mientras Kipp observaba desde la orilla. En verdad, no podía preocuparse menos por las caracolas, pero la excusa le dio tiempo muy necesario para estar sola. Si uno pudiera considerar estar sola con los tobillos metidos en el océano y con una banda de piratas que miraban. Por fortuna, no había nadie lo suficientemente cerca como para interrumpir sus pensamientos.

Sus interacciones anteriores con Jasper seguían dando vueltas por su mente. No se había imaginado esta conexión. Él la cuidaba. Ella no aceptaría otra cosa. La forma en que la había escuchado, abrazado, tocado. Las emociones que leía en los ojos y la forma en que su voz se suavizaba; todo demostraba que tenía razón en su evaluación. ¿Por qué la había apartado?

Miró hacia la playa, en busca de él entre la multitud. Sin duda, ya habría vuelto a estas alturas. Styles, Kipp y Hawkins estaban cerca de la orilla... allí estaba él, Jasper, su cabello en una coleta y la mano en su alfanje mientras hablaba con Payne. El corazón le saltó al verlo, una sonrisa en el rostro. Ella se dirigió hacia la playa de arena blanca, con la intención de ir hacia él, pero se detuvo. No sería bueno perseguirlo como una debutante de corazón enfermo. Por mucho que le dolía hacerlo, ella regresó a la caza de caracolas —o fingiendo, en todo caso.

De vez en cuando, volvía la vista a la playa, y se empapaba de él. El hecho de que era un pirata ya no le molestaba porque le había mostrado que era más que eso. Pudiera no estar dispuesto a compartir su pasado con ella todavía, pero algún día lo haría. Ella se encargaría de ello. Se le revolvió el estómago ante la idea de dejarlo regresar a su vida actual. ¿Podría alejarse de sus responsabilidades para quedarse con él? ¿Dejaría su vida de pirata para estar con ella? De ser así, ¿necesitaría un perdón? ¿Accedería a ayudar a dirigir su astillero? Toda esta reflexión no tenía sentido cuando ni siquiera había admitido

tener sentimientos por ella. Metió la mano en el agua y se echó un poco en la cara. ¿Desde cuándo tenía este cerebro de pájaro?

—Miss Prudence.

Se enderezó y miró hacia la orilla, donde Kipp agitaba el brazo. Con una ligera inclinación de cabeza, hizo su camino de regreso a la playa. Una mirada a su alrededor reveló que el barco había recuperado su posición, que la marea estaba subiendo y que Jasper había desaparecido. Tal vez estaba de vuelta en el *Marion* y que pronto zarparían. Ella ofreció una débil sonrisa a Kipp mientras regresaba a la playa.

—¿Partimos pronto?

—Sí, señorita. El capitán me ha pedido que la llevara de vuelta a bordo ahora. Él desea verla en la cocina.

Su sonrisa fue sincera ante sus palabras y lo siguió alegremente. Jasper había solicitado su presencia. No podía imaginar por qué deseaba verla en la cocina, pero tampoco le importaba. Kipp la condujo a través de grupos de hombres de la tripulación al otro lado de la playa en su camino hacia la nave. Ella sonrió y asintió con la cabeza a los hombres que pasaban. En poco tiempo, estaban vadeando el agua, a continuación, remando en esquife y acercándose a la escala de cuerda que la llevaría de vuelta a bordo.

Kipp detuvo el bote en la base de la escalera.

—Después de usted, señorita. —Extendió la mano mientras aferraba la cuerda gruesa que formaba uno de los lados de la escala.

—Haré todo lo posible para mantenerla firme y atraparla a usted de ser necesario.

Prudence alcanzó el primer peldaño antes de mirarlo.

—No soy la señorita delicada, pero si insiste, quién soy yo para detenerlo.

Ella no perdió más tiempo en palabras, y subió tan rápido como sus brazos y piernas lo permitían.

Hawkins la esperaba junto a la barandilla y la ayudó a subir a cubierta antes de acompañarla a la cocina. Se detuvo justo fuera de la puerta de la cocina, y se volvió hacia ella.

—El capitán la está esperando.

—Gracias. —Asintió con la cabeza y luego se trasladó al recinto. Sintió el corazón agitarse mientras se acercaba y se detenía delante de Jasper.

Se puso de pie y rodeó la mesa a la que había estado sentado.

—Gracias por reunirte conmigo —le ofreció una silla—. Por favor, siéntate.

El estómago se le agrió cuando vio su expresión similar a la piedra y la mesa vacía. Esta no era una cena íntima. Algo andaba mal.

Capítulo 10

Jasper se tomó su tiempo para regresar a su asiento frente a Prudence. Su alma clamaba por ella. Todo en él exigía atraerla hacia sí y tomarla en los brazos. Aun así, ignoró el abrumador deseo de abrazarla y se dejó caer en su asiento. Había tomado la decisión correcta para los dos. Después de esto, haría todo lo posible por evitarla.

—Jasper... —encontró su mirada.

Tomó un trago de ron, suprimió sus emociones.

—He hablado con Payne acerca de ti. Ha accedido a que lo ayudes mientras está a bordo.

—¿De verdad? Gracias, Jasper —se le iluminó el rostro—. Me gusta estar activa en el barco.

La alegría en su expresión le dolía aún más. Deseaba estar haciendo esto por bondad, pero su única motivación era proteger su corazón, y el de ella. ¿Estaba equivocado en apartarla? No era Anna. Prudence era cálida y amable. Mostraba emociones genuinas. Podía sentir que se preocupaba por él. Estaba en su suave tacto, la forma en que le sonreía y lo atraía. Anna siempre había sido distante, fría. Su cara no se iluminaba ante su presencia o sus palabras. La mirada cabizbaja nunca tocó las perfectas facciones de Anna cuando él partía. ¿Cómo no había notado las diferencias antes?

—Has demostrado tus habilidades, y en vista de ello, parece razonable que puedas trabajar junto a mi equipo. —Puede que no fuera Anna, pero aún no podía confiar en ella, o incluso en sí mismo. Tal vez sólo se imaginó las diferencias. En cualquier caso, necesitaba mantener a Prudence segura. Tenerla cerca haría la tarea más sencilla. Esperaba que el arreglo con Payne la mantuviera fuera de su compañía directa y ocupada hasta que llegaran a América.

Payne había acordado evitar que tomara riesgos, protegerla de cualquier daño. Se encontró con la mirada de Prudence una vez más.

—Kipp te llevará desde el camarote del capitán a ver a Payne por la mañana y a volver por la noche. No debes deambular por la *Marion* sin la compañía de Kipp o de Payne—. ¿Está claro?

—Sí, Jasper. No te arrepentirás de esto.

Ya lo había hecho. Estaba claro que había visto este arreglo como una especie de regalo en lugar de lo que él quería que fuera. El diablillo pensaba que estaba haciendo un gran gesto cuando lo único que realmente quería era sacarla

de su camarote durante el día. Por la noche, permanecería en los alojamientos de la tripulación; usaría el decoro como excusa. Una parte de él deseaba que fuera un gran gesto; deseaba poder envolverla en sus brazos y dejar que le demostrara su agradecimiento. Le inquietó el corazón saber que no podía permitir que se acercara.

—¿Voy a pasar tiempo contigo, sí? —ladeó un poco la cabeza, mirándolo mientras esperaba su respuesta.

Bajó a vista hacia su vaso para no ver cómo hacía trizas sus esperanzas.

—No. Es mejor que no nos hagamos compañía.

—¿Cómo esperas protegerme si no paso tiempo conmigo? Su voz se quebró antes de que terminara de hablar; mostraba su malestar.

Jasper tragó saliva, aclarándose la garganta antes de mirarla.

—He arreglado que continúes segura. Payne y Kipp son hombres buenos; hombres de confianza. Ellos te protegerán mientras veo que llegues de regreso a América. —Levantó la vista, la garganta atenazada por el dolor reflejado en la mirada de la muchacha—. Esto es lo mejor, Prudence.

Ella se puso de pie, con los ojos llenos de lágrimas pero no derramó ninguna.

—Tal vez sea mejor para ti, pero no para mí. —Se dio la vuelta, e hizo una rápida retirada.

Jasper la observó marcharse, mientras luchaba contra el impulso de correr tras ella. La última cosa que quería hacer era herirla. Merecía algo mejor, pero no podía ceder. Si lo hiciera, terminaría en desastre para los dos. Estaba dañado, no era bueno para ninguna mujer. Su capacidad de confiar en las mujeres había sido destruida por de Anna. Prudence se merecía un hombre que pudiera amarla por completo.

* * * *

Prudence chocó contra Payne mientras salía corriendo de la cocina. Estiró los brazos, la sostuvo por los hombros y le hizo recuperar el equilibrio. Ella bajó los ojos, ya que no sentía deseos de dejarle ver su malestar.

—Me duele la cabeza. ¿Me llevaría a mi habitación, por favor?

Soltó los hombros de la muchacha y se volvió para conducirla al camarote—. Más bien esperaba que estuviera lista para trabajar, pero puedo ver que no está en forma de momento. Vamos, señorita.

Ella siguió en silencio detrás de él, su mente reviviendo en su mente el tiempo con Jasper. No podía entender por qué él continuaba acercándola un momento y la apartaba al siguiente. En ambas ocasiones que la había besado,

había creído que sentía la misma conexión que ella. ¿Cómo podía haberse apagado como lo hizo? Ahora parecía un millón de millas de distancia. Le dolía el corazón saber que lo estaba perdiendo.

—Me han dicho que soy un buen oyente si quiere hablar de lo que la tiene tan molesta. —Payne volvió a mirarla.

Prudence forzó una débil sonrisa.

—Me temo que no hay nada que discutir. Simplemente necesito algo de tiempo para mí.

Payne se detuvo delante del camarote del capitán y luego abrió la puerta para que ella pasara—. En caso de cambiar de opinión, acerca de hablar o acerca del trabajo, Kipp sabrá dónde encontrarme.

Ella hizo una ligera inclinación de cabeza antes de entrar en la habitación y empujó la puerta tras ella. Le cayó una lágrima irregular. La limpió con rapidez y se sentó en la cama. Ella nunca había querido que Jasper le importara, pero aquí estaba, sentada, muerta de amor por él, sin esperanzas. Se había adueñado de su corazón, no lo podía negar. Peor aún, era incapaz de recuperarlo.

Ay, si pudiera volver a aquel día en el despacho de papá. Qué diferentes hubieran resultado las cosas si lo hubiera obedecido y se hubiera quedado. ¿Estaría vivo aún? Si ella no hubiera estado a bordo para distraerlo, puede que hubiera sido capaz de defenderse y salvar el barco. Con seguridad, Louisa estaría segura también porque habría permanecido con ella en Boston.

Tal vez fuera mejor que ella y Jasper permanecieran distantes. Todo el mundo que había amado había sufrido destinos horribles. Mama murió al dar a luz, el padre y Luisa fueron asesinados mientras navegaban con ella. Era probable que Jasper sufriera un destino similar. Sus hombros temblaban y respiró para calmarse. Lo mejor sería dejarlo ir, obedecer sus deseos de permanecer a distancia hasta que llegaran a América. Prefería recordarlo con vida mientras hacía lo que le gustaba que ser testigo de su muerte.

Prudence estaba acurrucada en la cama, y se dio permiso para dejar de luchar su creciente dolor. Después de un buen llanto, se tranquilizaría e iría con Payne. El trabajo la mantendría ocupada, demasiado ocupada para pensar en Jasper o en cualquier otra cosa.

* * * *

—¿Cómo está? —preguntó Jasper.

—Dormida, capitán. Pensé que nunca dejaría de llorar. —Kipp dejó caer los brazos llenos de mapas y cartas que había estado sosteniendo sobre la mesa

frente a él.

—¿Qué demonios le has hecho a la chica? —preguntó Hawkins, antes de tomar un trago de ron que sostenía—. Tal vez pueda hacerla sentir mejor.

—Ni lo sueñes. —Jasper envió una mirada amenazante a su primo.

Hawkins se rió, luego se dedicó a desplegar de los mapas y cartas sobre la mesa—. Si no lo haces, alguien más lo hará.

Jasper soltó una respiración profunda.

—Regresa a tu puesto, Kipp.

—A la orden, capitán. Voy a protegerla con mi vida.

—No debes poner un precio tan alto a tu pellejo, Kipp. —Hawkins gritó tras el muchacho.

—¿Tienes que ser siempre tan desagradable? —Jasper observó a Hawkins, considerando seriamente darle unos puñetazos. El hombre era afortunado de que fueran familia, cualquier otro ya hubiera quedado fuera de combate por incitar su ira, no, celos de tal forma.

—Vamos. Sabes tan bien como yo que, en el momento que llegue a América, los hombres la rodearán. Diablos, toda la tripulación estaría persiguiendo sus faldas si los dejaran.

La idea misma molestó a Jasper. Lo peor era Hawkins decía la verdad. Un hombre tendría que ser ciego y medio idiota para no ver la mujer increíble que era Prudence. Tenía belleza, cerebro e inteligencia; nunca había conocido a una mujer más perfecta. Anna no podía compararse en absoluto, con su fachada fría y sinceridad falsa. Sólo hizo falta que Jasper regresara de Waterloo marcado de por vida para que Anna lo echara a un lado. Prudence mostró sus propias cicatrices con gracia y confianza. Seguramente las suyas no le molestarían.

—Jasper —Hawkins lo arrancó de sus reflexiones— ¿Qué vas a hacer con ella?

Sería capaz de seguir viviendo sin ella una vez que se hubiera ido, como lo había hecho antes de que ella hubiera llegado a su vida. Con el tiempo y la distancia superaría sus sentimientos por ella. Debía hacerlo.

—No tenemos nada para hacer más que llevarla de regreso a América. —Se inclinó sobre la mesa y estudió de la costa americana—. Los americanos no saben que nos tienen que vigilar. No reconocerían la *Marion* como barco pirata a menos que izáramos nuestro estandarte.

Hawkins rodeó la mesa y comenzó a estudiar los mapas.

—Una gran ayuda, por cierto. Todavía tenemos que tener cuidado. Un perfil bajo, si vamos a llevarla y mantener nuestra libertad.

—Vamos a enarbolar el estandarte inglés, hacer todo lo posible para que parezca un buque mercante, y recorrer a la costa. —Jasper recorrió con el largo

dedo a través del Atlántico hasta la costa de Maine—. Vamos a entrar aquí. Es irregular y menos propensa a tener concentración aquí en el centro.

Hawkins asintió cuando Jasper lo miró.

—Entonces vamos a recorrer la costa hasta Massachusetts. Una vez allí encontraremos una cala u otro lugar oculto cerca de Boston y echar el ancla.

Hawkins levantó su ron para tomar otro largo trago.

—Al parecer, tienes todo pensado, a excepción de cómo llegar a tierra.

Jasper se enderezó y sonrió a Hawkins.

—Esa será la parte más fácil. —Llevaría a Hawkins y Payne junto con Prudence en el esquife, y luego remaría hasta su astillero. Sólo necesitaba que ella le dijera dónde. No tenía ninguna duda de que confiaba en él y su deseo de regresar era evidente. No debería costar mucho que ella le dijera cómo llegar.

Capítulo 11

Durante la última semana, Prudence había pasado sus días ayudando a Payne y viendo a Jasper desde la distancia. Pasaba sus noches acurrucada en la cama de Jasper, tratando desesperadamente de no pensar en él. De no amarlo. Incluso ahora, lo miraba desde donde estaba trabajando, ayudando Payne a reparar una línea. Estaba de pie cerca de la proa, conversando con Hawkins. De vez en vez miraba hacia ella y Payne, pero nunca directamente. Le dolía el alma estar tan cerca de él, pero tan lejos al mismo tiempo.

Decirse que era lo mejor no hacía nada para calmarla. Algo dentro de ella insistía que necesitaba a Jasper, que su lugar era junto a él. Y hubiera jurado que fue testigo de la ternura y el deseo en su mirada también. Miraría en su dirección, a veces incluso a los ojos por un instante, luego los ojos perderían toda expresión y apartaría la vista, y la dejaba preguntándose si no lo había imaginado todo, para empezar.

Se había pasado incontables horas repasando todas las razones por las que no eran el uno para el otro. Era un pirata, propenso a perecer, como todos los demás que había querido, pero ninguna de las razones que se daba cambió la forma en la que sentía por él. Dormía bastante poco, y había empezado a pensar que tal vez pudiera estar volviéndose un poco loca. Prudence se mordió el labio inferior mientras miraba a Jasper apoyarse en la barandilla y deseó que mirara hacia donde ella estaba.

—Miss Prudence.

Arrancó su atención de Jasper ante el sonido de la voz de Payne.

Se encontró con su mirada, y esbozó una sonrisa preocupada.

—Ha estado de mal humor durante toda la semana. Notar su dolor me preocupa. ¿Seguro que no le gustaría decirme lo que la aflige?

Prudence respiró profundo. Tal vez debería confiar en él. Payne había demostrado ser un amigo, después de todo. La había tomado bajo su ala, le permitió trabajar con él y no la había presionado sobre nada. Incluso cuando se le escapó que sus padres habían muerto, no la presionó para obtener más información. Simplemente le dio sus condolencias y le entregó más estopa para parchear las fugas. Por otra parte, Jasper lo consideraba un amigo. Tal vez él pudiera tener una idea que la ayudaría ya sea a olvidar a Jasper o llegar a él.

—Me temo que para mi problema no hay ayuda. —dijo, al tiempo que le daba más línea a Payne mientras miraba a Jasper.

Payne trabajaba para asegurar la nueva línea en lugar de la pieza dañada.

—¿El capitán?

—¿Cómo lo ha adivinado? —volvió su atención a Payne.

—La forma en que lo mira. Sus ojos se iluminan cuando aparece, y está a millas de la tarea que tiene entre manos. Cuando él mira en nuestra dirección sonrío por un segundo antes de que se apodere otra vez de usted esa mirada triste.

—Nunca tuve la intención de no realizar mis funciones como corresponde —. Lo lamen...

—¿Él lo sabe? —Payne la miraba desde abajo de una ceja poblada, rubia y ligeramente enarcada.

¡Maldita sea! ¿Era tan obvio también para el resto de la tripulación? Si Payne se había dado cuenta de que estaba enamorada de Jasper, ¿Jasper se habría dado cuenta también? ¿Debería acudir a él? ¿Exponer su corazón ante él? Si ella tenía razón con respecto a lo que sentía ella, así, tal vez podrían reparar cualquier grieta que hubiera entre ellos. Pero, ¿y si estaba equivocada? Tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

—No creo que lo sepa.

—¿Tiene intención de decirle? —Payne trabajaba para atar un nudo, su mirada iba de Prudence a la línea.

—La última vez que hablamos, me dijo que lo mejor era que permaneciéramos separados. —Miró de nuevo hacia donde Jasper había estado, pero se encontró con el espacio vacío—. Tal vez estaba en lo cierto. —Mientras pronunciaba las palabras, sabía que no las creía. Pues, ¿cómo podía desear tanto a un hombre que era mejor dejarlo en paz? ¿Por qué este dolor en el corazón y en el alma si no se pertenecían el uno al otro?

—Es un tonto obstinado. —Payne extendió la mano y dio unas palmaditas en una de las manos de Pru—. Pero también es un buen hombre. Debe decirle cómo se siente. No deje que la aleje cuando es evidente que siente lo mismo por usted.

El corazón de Prudence dio un vuelco al escuchar estas palabras.

—¿Por qué dice eso?

—Se lo puede ver en la cara también. Por no hablar de todas las tareas irrelevantes que ha estado haciendo en la cubierta sólo para estar cerca de usted.

—Hubiera jurado que he visto una cierta ternura dirigida a mí en la mirada, pero nunca consideré el tiempo que ha pasado en la cubierta. —Pensó en todas las cosas que había visto a Jasper hacer durante la última semana: enrollar cuerdas, mover carga, reparar rieles... Todas tareas más adecuadas a su tripulación—. Comprendo lo que quiere decir, pero aún no estoy convencida de si debería ir a hablar con él.

—Es pura cáscara, señorita. Bajo su aspecto tosco es muy honorable. Es más, un Señor. ¿Sabía que patrocina un orfanato en Inglaterra? ¿O que luchó valientemente en Waterloo?”

Ella sacudió la cabeza, los ojos muy abiertos mientras se aferraba a las palabras de Payne.

—Sólo atacamos a otros barcos piratas y hemos rescatado a buques mercantes en varias ocasiones. Esclavistas también. Innumerables hombres y mujeres se han salvado en manos del Capitán. Cada centavo que el capitán hace, lo envía al orfanato. Es un buen hombre, merecedor de amor, tal como usted es una buena mujer. No permita que las heridas del pasado que los dos cargan se interpongan en el camino de lo que podría ser un futuro feliz.

Prudence dejó de mordisquearse el labio inferior, su mente llena de las palabras de Payne. Jasper...un señor... salva personas...patrocina un orfanato... ¿por qué, en nombre del cielo, no le había dicho nada de eso? Había aceptado el hecho de que era un pirata, reconocía el honor y la bondad en él, pero nunca se hubiera imaginado esto. Lo cambiaba todo.

—Voy a ir a verlo ahora mismo. Disculpe.

Payne le guiñó un ojo y asintió con la cabeza.

—Déjeme terminar este último nudo y la acom...

No permitió que Payne terminara antes de hacer su camino con rapidez a través de la cubierta principal, con intenciones de no esperar otro momento para enfrentarse a Jasper. *Ruego que esté en la cocina.* Rodeó un barril antes de pasar por encima de un pequeño cubo en su camino hacia la escalerilla. No del todo segura de si debía estar enojada o emocionada, luchaba con sus emociones mientras bajaba los escalones, y hacía su camino debajo de cubierta.

—¿Dónde está tu escolta? —le gritó Jasper.

Atrapada por completo con la guardia baja, se resbaló, y salió volando hacia el piso. *Maldita sea.* Ahora sí que había hecho una tonta de sí misma, antes de abrir la boca. Trató de alcanzar los peldaños para aferrarse. Su mirada se cruzó con la de Jasper y renunció a su intento de rescatarse a sí misma.

Él se colocó al pie de la escalerilla, con los brazos abiertos listo para salvarla. La preocupación pintada en la cara. Estiró los brazos para envolverlos alrededor de él, no quería nada más que dejarlo ser su héroe sólo porque eso la colocaría en sus brazos.

* * * *

Jasper se preparó para el impacto de Prudence, con los pies separados al ancho de los hombros y los brazos extendidos mientras se movía directamente hacia el frente de la escalera. Había contenido la respiración a la vista de su caída, y todavía no había exhalado. La atraparía o amortiguaría la caída al intentarlo. De cualquier forma, la mantendría a salvo de cualquier daño. Luego le daría al diablillo una reprimenda por su necesidad.

Envolvió los brazos alrededor de la cintura de Prudence, deteniéndola limpiamente, y tiró de su trasero contra él. Sin pensarlo, la giró entre sus brazos, la atrajo hacia sí y la apretó contra él. Enterró su cara en su cabello sedoso, su pulso latía fuerte. Se podría haber herido de gravedad.

Se las había arreglado para salvarle el pequeño y bonito cuello. Ahora había llegado el momento de retorcérselo.

La sentó lejos de él, con la mirada en la de ella.

—¿Qué estás haciendo de acá para allá sola? Te di órdenes estrictas de no vagar por la nave sin Kipp o Payne que garantizaran su seguridad.

—¿Qué haces ocultándome información importante? —dijo desafiante, con los ojos entornados, y siguió adelante— ¿Piensas que no tenía derecho a saber? ¿Que no me importaría? ¿Qué si lo supiera no cambiaría las cosas entre nosotros?

La cabeza le daba vueltas. ¿Qué había descubierto? ¿Es que acaso alguien había compartido sus secretos? ¿Le habían contado sobre su pasado? El hecho de que él era un señor, un héroe de guerra... o ¿si se hubiera enterado de Anna y de cómo destrozó su corazón? Tal vez fue sólo el orfanato? Jasper se acercó más, tomándola del brazo.

—No evadas mis preguntas.

—No te debo nada. Me mentiste. Una mentira por omisión tal vez, pero sigue siendo una mentira.

Su mente daba vueltas, tratando de averiguar por qué esa filípica, pero no encontró nada.

—¿Qué demonios pasa contigo, Prudence?

—Sé todo sobre ti...todo. —Levantó la barbilla, desafiante. Quiero oírte decirlo.

Se inclinó sobre ella. Sentía el aliento en la mejilla. El enojo le calentaba la sangre.

—¿Todo sobre qué?

—Todo es diferente ahora, mi señor. Todo tiene sentido.

Jasper le soltó el brazo y luego retrocedió unos pasos antes de moverse de nuevo hacia ella. ¿Quién se atrevió a decirle su secreto? ¿Payne, Kipp, o Hawkins? Había estado pasando tiempo con todos ellos, aunque más

recientemente con Payne. Vería que el culpable fuera castigado. Su linaje tenía nada que ver con su vida actual. Un hecho que pensaba que sus hombres habían entendido. Se había alejado de esa vida al término de la guerra.

—Mi cuna no cambia nada. No soy un señor, independientemente de quién sea mi padre. Soy un pirata, y permaneceré un pirata hasta mi último aliento.

Se acercó a él, y le colocó la mano sobre el pecho.

—Un pirata que usa su tesoro para ayudar a los huérfanos. Que sólo ataca a otros piratas, libera a los esclavos, y protege a los comerciantes. Eres un canalla temible, capitán, —dijo con aspereza—. Sé lo que la señorita Anna te hizo. Dime, Jasper, ¿de qué estás huyendo?

Se quedó congelado, disfrutando el calor de la mano, que se filtraba a través de su camisa. La conexión que compartía con ella era innegablemente fuerte. Cuando estaba tan cerca, era lo único que podía hacer para luchar contra la atracción que sentía hacia ella. Su disgusto se evaporó mientras la mirada, y trataba de resistir el impulso de tomar sus labios con los suyos. No podía darse el lujo. Los riesgos eran demasiado altos.

—No sabes lo que dices.

—En ese sentido estás por completo equivocado. Reconozco cosas de mí en ti. Veo el dolor detrás de tu mirada, porque yo también he perdido —apoyó la pequeña mano en la mejilla, que acarició con el pulgar.

El toque delicado hizo que la emoción brotara en él. Cerró los ojos contra el ataque, mientras luchaba por controlar su corazón traidor. El diablillo luchó por él, por ellos. Algo que Anna nunca habría hecho. ¿Cómo podía apartarla?

—Jasper, te a...

—No. —Abrió grandes los ojos al tiempo que daba un paso fuera de su alcance—. No digamos estas cosas.

Ella se acercó a él de nuevo.

—No se puede deshacer lo que está hecho, Jasper. Es demasiado tarde para mí, y creo que para ti también. Te amo.

—Maldita sea, Prudence. Detente. No puedo hacer esto. —Se volvió de espaldas a ella, tratando desesperadamente de recuperar la compostura. Tratando de quitar sus palabras de la mente. La tarea de un tonto, porque estarían marcadas para siempre en su memoria. Aun así, no podía permitir que esto fuera más lejos.

Ella se acercó por detrás y envolvió sus brazos alrededor de su cintura antes de descansar la mejilla sobre su espalda.

—¿De qué estás tan asustado?

Inspiró profundo, no quería hacerle daño, pero debía hacerlo.

—No temo nada. En cuanto al amor, es una idea ridícula. No me amas más de lo que yo te amo.

Lo estrechó aún más.

—Deje de pelear contra lo que nos une. Hay algo especial entre nosotros. No me alejes.

El corazón le dio un vuelco mientras se deshacía del abrazo y se volvió hacia ella.

—Lo que sientes por mí es lujuria. Una emoción que a menudo se confunde con el amor. Con el tiempo se desvanecerá hasta que ya no te preocupes por mí en absoluto.

—Estás equivocado, Jasper. Te amo.

—Suficiente. Estamos a menos de un día de la costa americana. Cuando amanezca, voy a llevarte a tierra, después de lo cual nunca volveremos a vernos.

Una lágrima solitaria se deslizó por la mejilla mientras le rogaba en silencio. No hizo ningún movimiento por quitarla. Se quedó allí, mirándolo.

Los brazos se estiraron como si tuvieran mente propia y la atrajeron hacia él para confortarla. Era responsable de su sufrimiento. Un dolor profundo se le instaló en el pecho. Nunca había tenido la intención de hacerle daño. Sin embargo, no había nada que pudiera hacer para calmarla. Apretó la empuñadura de su alfanje con la mano mientras se alejaba de ella una vez más. Haría lo que debía para protegerlos a los dos, no importa cuánto le costara.

—Te llevaré con Hawkins. Deberás decirle la ubicación de tu astillero. Ahí es donde vamos dejarte a tierra.

—Por favor, Jasper.

Tuvo que apelar a toda su determinación para ignorar su petición entrecortada, permanecer de espaldas mientras la conducía a la cocina. Mañana todo esto habría terminado y su vida volvería a ser lo que había sido antes de que ella entrara en ella. Con el tiempo, se olvidaría por completo de ella. No tenía otra opción.

Capítulo 12

El día amaneció en un resplandor de rosas y anaranjados. Prudence observó el sol asomarse por encima de las olas mientras la noche se apagaba. A pesar de la belleza de la salida del sol, el día terminaría con tormentas. Papá siempre le había dicho que un amanecer rosado era un signo seguro de mal tiempo, al igual que un atardecer rosado traería un buen día.

El mal tiempo era apropiado, teniendo en cuenta lo que sufría en la actualidad. Había llorado hasta que el sueño la venció la noche anterior. Lo último que pensó entonces, como lo había sido esta mañana, fue Jasper. ¿Cómo podría alguna vez superar la angustia?

Contempló el litoral familiar, en parte, eufórica de regresar a casa; en parte, desesperada por quedarse en la *Marion*. Hawkins habló con ella por fin anoche. Le había dicho de una cala cerca de su compañía de transporte, así como la ubicación de su negocio. Estarían llegando allí en poco tiempo, después de lo cual sería llevada en el bote a su astillero.

—Ya no falta mucho. —miró a Hawkins.

Descansó el codo sobre la borda del buque.

—“¿Hay algo que desea hacer antes de salir?”

Se le hizo nudo en la garganta al pensar en todas las cosas que deseaba hacer, pero no pudo. Ella sacudió la cabeza, incapaz de decir lo que pensaba.

—Muy bien. Aquí viene Payne.

Prudence echó un vistazo por la nave; al ver Payne, forzó una sonrisa. Todo estaría bien. Tenía que creerlo. El corazón sanaría y continuaría con el negocio familiar. Papá estaría orgulloso de ella. Enderezó la postura y respiró profundo.

—Gracias, señor Hawkins.

—No es necesario darme las gracias —sonrió mientras Payne se acercaba a la barandilla.

—Parece que hemos encontrado nuestro escondite. —Payne señaló la costa.

Prudence miró hacia donde Payne señalaba.

—De hecho, es la cala de la que le hablé.

—Entonces debo regresar al timón. Alguien nos tiene que anclar en su interior. —Hawkins hizo un guiño antes de irse.

Prudence miró por la cubierta principal, en busca de Jasper. Todavía tenía que verlo esta mañana. La cubierta era un hervidero de hombres que cumplían con sus tareas, pero él no estaba entre ellos. Esperaba poder hablar con él antes de abandonar el barco. Si no podía hacer otra cosa, aunque sea quería decirle

adiós en privado. En algún lugar profundo dentro de guardaba una chispa de esperanza que él cambiaría de opinión acerca de ellos. Confesarle su amor y abrazarla con fuerza.

Suponía que no sería posible, pero entonces, ¿dónde quedaba? No podía simplemente volver a casa y casarse con el señor Stratford después de todo lo que había sucedido. Nunca había querido casarse con él, en primer lugar y ahora lo deseaba incluso menos. El corazón le pertenecía a Jasper, lo quisiera él o no. Tal vez se quedaría soltera por el resto de sus días. Darse por completo a la empresa de transporte y olvidarse de un esposo y una familia. En su experiencia, este tipo de cosas sólo traían dolor. Había tenido suficiente de eso para toda la vida.

—¿Cómo has sabido de este lugar? —preguntó Payne, haciendo un gesto hacia la cala hacia la que ahora navegaban.

Era evidente que nadie había tenido a bien informarle sobre su vida personal. Volvió su atención hacia él. Payne se había convertido en un amigo, en que se podía confiar. Qué irónico que ahora contara con piratas entre sus amigos.

—Mi papá era dueño de Drake Shipping. A menudo navegábamos la costa y siempre estaba dispuesto a explorar conmigo.

—Ahora todo sobre usted tiene sentido, señorita Prudence —rió.

—Somos amigos, Payne. No tienes necesidad de formalidades en lo que a mí respecta. Para ser sincera, suena extraño viniendo de ti. —le regaló una sonrisa genuina.

—La vamos a extrañar, Prudence.

—Y yo a ustedes. —Tomó la barandilla cuando el barco se detuvo en la seguridad de la cala. Su pulso se aceleró cuando Jasper dio la orden de soltar el ancla. Volvió la cabeza, siguiendo su voz, su mirada clavada en él.

Lo estudió, entregando la imagen de él a su memoria. Vestía camisa blanca con pantalones muy ajustados y botas altas. Su camisa estaba abierta en el cuello, mostrando algo de su musculoso pecho mientras él estaba de pie con un pie apoyado en la barandilla y la mano en la empuñadura de su alfanje, los ojos azules brillaban fríos en el rostro bronceado y el cabello rubio ondeaba con la brisa de la mañana mientras daba órdenes. No podía existir un hombre más guapo.

Sus ojos se encontraron, una gran sonrisa dibujada en los labios. Sonrió por un breve instante antes de que el ceño fruncido tirara de la comisura de los labios hacia abajo y rompiera la conexión. Sintió que las lágrimas pugnaban por salir. Las contuvo. Odiaba lo débil que la había vuelto y volvió su atención a Payne.

—¿Cuánto tiempo para bajar a tierra?

—No más de veinte minutos.

Ella asintió. Su única esperanza de olvidar Jasper era bajar de la *Marion* y volver a lo que le quedara de vida. Se armó de valor, determinada a no dejar que la destruyera. La vida seguiría. Tenía que hacerlo. No podía forzar su amor, y ella no permitiría que la redujera a una tonta enferma de amor de sonrisa fácil. No podía hacerlo cambiar de opinión. Su único curso de acción era aceptar su decisión.

—Me gustaría decir adiós a Kipp.

—La puedo llevar con él si lo desea, aunque él también bajará a tierra con nosotros. —Payne tamborileó con los dedos sobre el barandilla.

Prudence no había considerado quién la llevaría al astillero. Estaría Jasper entre ellos? *Deja de pensar y pensar en el hombre.*

—¿Quién me escoltará a casa?

— El capitán, Hawkins, Kipp, y yo.

Su corazón de tonta comenzó a acelerarse mientras su mente estúpida calculaba de qué manera lograría dejar atrás los temores de Jasper y llegar a su corazón antes de que él la dejara. No tenía esperanzas.

Styles se acercó, un paquete contra su pecho.

—Tengo algo para usted, señorita.

Ella observaba, sin poder creer lo que veía mientras él deshacía el paquete. Una falda de seda color zafiro cayó en cascada delante de él.

—Hice esto para usted al poco tiempo que llegó a bordo. El capitán me autorizó a dárselo ahora. —sonrió, su mirada sosteniendo la de ella—. No se puede dejar que una gran dama abandone la *Marion* como moza pirata.

—Styles —Payne le dio un codazo en el costado.

—Lo siento, señorita. —Styles sonrió en forma tímida—. No estoy acostumbrado a hablarle a las damas.

Prudence no pudo contener la carcajada que la risa burbujeante que salió de ella.

—Está bastante bien. —tomó la falda que aún sostenía Styles, su corazón henchido—. ¿Ha hecho esto para mí?

—Styles es una costurera aficionada. —rió Payne.

—Se trata de una fina falda. Será un honor para mí vestirla. —Prudence la sostuvo en su cintura—. Gracias.

—Me gustó hacerla para usted. —Styles miró a Payne—. Tal vez haga una para ti la vez siguiente. He oído que tienes buenas piernas. —Devolvió el codazo

que había recibido de Payne antes.

—No te atreverías —protestó Payne.

Prudence sonrió mientras Styles se echaba a reír, pronto seguido por Payne. De seguro extrañaría a estos hombres, pero no tanto como le haría falta Jasper. Una mirada superficial reveló que ya no se encontraba en la cubierta. ¿A dónde había ido?

—Estamos cortos de tiempo. Si desea cambiarse, tenemos que ir ahora.

Prudence volvió su atención a Payne con una inclinación de cabeza. Miró de nuevo a Styles.

—Voy a pensar en usted cada vez que me ponga esto. Gracias.

Sonrió y luego le guiñó el ojo antes de que ella volviera a irse. Cuando llegaron al camarote del capitán, Payne sostuvo la puerta para que ella entrara. Luego de oír que se cerraba no pudo dejar de preguntarse lo que Jasper pensaría de ella cuando la viera vestida como toda una señorita. Tal vez ella estaba destinada a hacer el papel de tonta después de todo, porque no importaba lo que ella intentara no podía dejar de pensar en ese hombre.

* * * *

Jasper se sentó en la parte delantera del bote y hacía lo posible por no mirar a Prudence mientras sus hombres remaban hacia su astillero. Se veía espectacular en pantalones, el cabello que le caía en cascada por la espalda, pero algo en ella con una falda, con sus cabellos color miel recogidos, hacía que quisiera aún más quedarse con ella. El atuendo la hacía parecer más delicada, más femenina. Se sospechaba que le quitaría el aliento no importara lo que vistiera.

Había paseado por la cubierta hasta bien entrada la noche meditando sobre su vida, ella y Anna, sus opciones. Más de una vez se dirigió hacia su camarote antes de detenerse. “¿De qué tienes miedo?” Incluso ahora sus palabras resonaban en los recovecos de su mente.

En resumen, tenía miedo de todo. Dejó su vida en Inglaterra hace años, nunca con la intención de volver. Cerrado lo que quedaba de su corazón después de la decepción de Anna. Había abrazado su papel como temible pirata y adalid de los menos afortunados. Prudence puso todo de cabeza cuando entró como fuego su vida, pero se merecía algo mejor.

Sería un error declararle su amor y luego abandonarla. Ella se merecía mucho más de lo que tenía que ofrecerle. Una vida en el mar, la piratería. Nunca le podría dar una casa y niños. No sin volver a su antigua vida. ¿Y su corazón? Es cierto que se había demostrado que aún poseía uno, pero ¿sería feliz

con uno dañado? ¿Pasaría el resto de sus días abrazándola con fuerza mientras la comparaba con Anna y esperando que lo lastimara? Se merecía ser amada sin reservas. No podía ser tan egoísta como para aferrarse a ella.

—Parece que la han visto, señorita Prudence. Kipp señaló hacia el amarradero.

Jasper dirigió la vista hacia donde varios hombres agitaban los brazos y saltaban. La realidad lo golpeó y le quitó el aire de los pulmones. Ya estaba. Había vuelto a casa y estaría para siempre fuera de su alcance antes de que el sol se pusiera de nuevo. Volvió la mirada hacia ella y por primera vez en quince días, ella no se la devolvió. Su atención estaba en la orilla mientras devolvía los saludos, una amplia sonrisa en los labios.

Los hombres remaban con rapidez mientras Jasper bebía de su imagen, desesperado por recordar sus facciones: los cálidos ojos avellana, la forma que tenía de sonreír, su hermoso rostro. En poco tiempo, llegaron a un muelle. Payne, Kipp y Hawkins, salieron del bote. Jasper los siguió, luego se volvió para ayudar a Prudence a salir de la embarcación. Quería sentir su contacto por última vez.

Se puso de pie, tomando la mano ofrecida. El calor entre ellos quemaba su alma mientras la ayudaba. Antes de que pudiera decir nada, los hombres que habían estado observando llegaron. Con el pecho vacío, dio un paso atrás para darle espacio.

—Es usted un regalo para la vista, —dijo un hombre, antes de abrazarla.

—Las noticias dijeron que su nave había desaparecido. Nos dijeron que nadie había sobrevivido, —añadió otro.

—¿Qué hay de su padre? ¿La tripulación? ¿Están vivos? —otro hombre preguntó, con la esperanza grabada en el rostro.

Jasper observó a los hombres cómo formulaban preguntas, daban el pésame, y ofrecían palmadas reconfortantes. Los celos le revolviéron el estómago, pero se mantuvo firme y contuvo la lengua. No tenía ningún derecho a interferir.

Hawkins le puso una mano en el hombro.

—¿Estás seguro de que deseas dejarla aquí?

—No hay otra opción. —Jasper no apartó la mirada de Prudence.

Su interés despertó cuando un hombre bien vestido se acercó a ella con una gran sonrisa y le tomó las dos manos entre las suyas.

—Dime que no estoy soñando... —El hombre la acercó hacia ella.

—Está bastante despierto, Sr. Stratford. —Miró hacia Jasper.

El hombre le soltó las manos y la atrajo a sus brazos.

—Gracias a Dios. —Le acarició el cabello mientras la mecía. No me puedo imaginar lo que has sufrido.

Los hombros de Prudence se sacudían como si estuviera llorando. Jasper dio un paso hacia ella antes de detenerse. ¿Quién era el hombre que estaba con ella?

—Ahora estás a salvo, cariño. Vamos a casarnos enseguida, y te cuidaré por el resto de tu vida.

Prudence se deshizo del abrazo del hombre y miró a Jasper, los ojos suplicantes.

Él asintió con la cabeza antes de saltar de nuevo al bote.

—Vamos —ordenó, incapaz de seguir presenciando la escena que se desarrollaba frente a él. Quien fuera este hombre, sería más adecuado para ella. Claramente, se preocupaba. Jasper tenía que volver a la *Marion* antes de que sus celos lo dominaran. Debía dejar a Prudence a su futuro.

Capítulo 13

El fuego del ron no hizo nada para calmar a Jasper. Había estado trabajando durante horas, solo en su cabina, ahogando sus sentimientos, o intentándolo, en todo caso. Cuando Hawkins se atrevió a molestarlo, Jasper lo empujó fuera del camarote, y bloqueó la puerta detrás de él. A través de la neblina de alcohol, en plena luz del día, no podía parar de preguntarse por qué se estaba torturando. Ninguna de las razones para alejar a Prudence de él parecía legítima ahora.

Navegar corría por sus venas. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Ella no se quedaría fuera del océano por mucho tiempo, no importaba con quién se casara. ¿Cómo un marinero de agua dulce vestido con un traje habría de protegerla la próxima vez que se cayera de la jarcia o cayera por una escalerilla? No podría. Ese hombre no sabía nada sobre barcos. Es probable que ni siquiera supiera diferenciar la proa de la popa. ¿Cómo podría Jasper confiarle a Prudence?

Inclinó el jarro de ron y tiró lo que quedaba antes de abrir la puerta del camarote.

—Kipp, haz venir Hawkins. Tráeme agua fría y café también.

Al cerrar la puerta detrás de él, fue a abrir su baúl y empezó a sacar ropa. Si fuera tras ella, que necesitaría estar vestido como un caballero. Un pirata no pasaría inadvertido en las calles de América.

¿Y si llegara demasiado tarde? Tal vez ya se había casado con el hombre del traje.

—No. —Se deshizo de las reflexiones y empezó a quitarse las botas.

En el momento en que Kipp y Hawkins entraron en el camarote, Jasper se había vestido con ropa adecuada, un atuendo completo con pañuelo blanco almidonado y un par de botas Hessian.

—¿Qué es todo esto? —Hawkins levantó una ceja.

—No puedo ir tras ella, de ser posible, vestido como un pirata. —Jasper arrojó las prendas a su primo. —Vístete mientras me saco un poco la borrachera.

—¿Estás loco?

—No. Por primera vez desde la compra de la *Marion*, mi mente está clara. Jasper tomó el café que Kipp le ofreció y fue a lavarse.

—Entonces iremos a recatarla antes de que sea demasiado tarde. —Hawkins se quitó el cinturón que sostenía su alfanje.

Jasper sonrió y luego se volvió y se lavó la cara con el agua fría que le había traído Kipp. En el momento en que se había terminado de lavar y bebido el café, Hawkins estaba vestido.

—Ustedes se ven exactamente como deberían verse dos señores —rió Kipp—. No he visto algo igual en años.

—Basta de bromas. Ve a preparar el esquiife —dijo Jasper.

Kipp los dejó para cumplir con la orden.

—¿Cómo esperas encontrarla? —preguntó Hawkins mientras se sentaba a calzarse sus Hessians.

Jasper se trasladó a la puerta.

—Todavía es temprano. Vamos a bajar a tierra y a preguntar a todos los que nos encontramos hasta que alguien nos apunte en la dirección correcta. Ahora deja de perder el tiempo. Eres peor que mi hermana. Vamos a ponernos en marcha.

Hawkins se puso de pie y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Está bien? ¿Peor que tu hermana? Estoy pensando que no quieres mi ayuda, después de todo.

—Haz lo que quieras, primo. —Jasper se impulsó hacia la puerta, sin importarle si Hawkins lo seguía o no. No tenía tiempo que perder en tonterías. Corrió a la cubierta, la cruzó, y se dirigió al esquiife sin mirar hacia atrás. Prudence estaba por ahí con otro hombre. Tenía que llegar a ella de inmediato. Decirle lo idiota que había sido.

Hawkins lo alcanzó justo cuando la tripulación comenzaba a bajar el bote, saltó por sobre la barandilla, y cayó al otro lado de Jasper.

—Me complace ver que has cambiado de opinión. —Jasper tomó un remo y se preparó para remar en cuanto el barco golpeará el agua.

—No podía permitir que fueras a hacer el ridículo sin un testigo. —Hawkins rió y tomó también un remo—. En serio, estoy satisfecho con tu elección. Ella es una buena mujer.

Jasper no podría estar más de acuerdo.

—Entonces démonos prisa.

El barco tocó el agua con un chapoteo. Jasper y Hawkins soltaron las amarras y luego comenzaron a remar sin pausa. Jasper se centró en la tarea en cuestión, la desesperación lo llevó a remar más rápido hasta que, al fin, llegaron al amarradero del astillero de Prudence.

Jasper dejó a Hawkins para que asegurara el bote y comenzó a cruzar el astillero. En poco tiempo, el sonido de sus botas sobre la grava indicó que venía Hawkins. Jasper lo miró, pero no detuvo su ritmo.

Reconoció a un hombre de esa mañana, que estaba junto al casco de un barco parcialmente construido y aceleró el paso hacia él. *Por favor, que el hombre sea amable.* Jasper aminoró el paso en un intento de no asustar al hombre mientras se acercaba.

—Discúlpeme señor.

El hombre se volvió a él justo cuando Hawkins llegaba a su lado.

—Sí.

—Soy Lord Jasper Blackmore, y tengo negocios con la señorita Prudence. ¿Podría ser tan amable de decirme dónde puedo encontrarla?

Los ojos del hombre se estrecharon sobre él.

—¿No son ustedes los mismos hombres que la trajeron a tierra esta mañana?

Hawkins se adelantó a Jasper.

—En efecto, lo somos. Es imperativo que hablemos con ella enseguida.

El hombre se aclaró la garganta.

—Muy bien. Los conduciré hasta ella. Su hacienda no está muy lejos. Podemos ir caminando. —Miró a su alrededor antes y llamó a otro hombre. Una vez que informó al hombre de lo que haría, los tres partieron.

Jasper y Hawkins siguieron al hombre a través del astillero y por las atestadas calles de Boston. La gente se movía a su alrededor, caballeros a caballo, mujeres que paseaban y se cubrían con sombrillas, los niños saltaban rocas delante de las tiendas. Jasper miró todo con sin absorber nada.

—¿Cuánto falta?

—Justo al final del camino, mi señor.

Jasper apretó el paso, y se colocó al lado del hombre. Su ansiedad crecía con cada paso. Si no llegaban pronto, temía que fuera a explotar.

Doblaron una esquina y una gran casa blanca apareció a la vista. El hombre señaló con el dedo.

—Miss Prudence reside allí.

Jasper no perdió el tiempo, corrió por el camino y subió los escalones de a dos. Olvidando sus modales en su loca carrera para llegar a Prudence, tomó el picaporte de la puerta y la abrió.

—Prudence... —gritó en el vestíbulo.

Una mujer mayor entró en la estancia, con una mirada de sorpresa en la cara.

Jasper se acercó a ella.

—Tengo que hablar con la señorita Prudence.

—Mi señora está en la cama con dolor de cabeza. Debo insistir en que regrese en otro momento.

Jasper dio un paso alrededor de la mujer y comenzó a subir la escalera.

—¡Prudence! Prudence, tengo que verte. —Llamaba mientras corría por las escaleras. La sangre le latía con fuerza en las venas mientras continuaba clamando en voz alta por ella. Tenía que encontrarla. No había otra opción.

Llegó a la cima de la escalera y fue por un pasillo.

—¡Prudence! —Empujó las puertas abiertas, asomando la cabeza en varias habitaciones, a medida que recorría el pasillo.

—Prudence, necesito hablar contigo.

—Jasper. —Hawkins lo tomó del brazo y lo detuvo.

Jasper se volvió hacia su primo.

—Suéltame. —Frunció el ceño.

—No puedes cargar aquí dentro como si fuera un barco enemigo.

Jasper sacudió el brazo y trató de librarse de Hawkins.

—Maldita sea, puedo muy bien hacer lo que quiera.

—Utiliza tu ingenio, hombre. Muestra un poco de decoro.

Jasper respiró profundo al tiempo que la mujer que estaba en la planta baja se acercaba a ellos. Él volvió su atención hacia ella.

—Cuál es la habitación de Prudence?

—¿Por qué, yo nunca ... en todos mis años ... ¿qué significa esto? —La voz se tornaba más aguda con cada palabra—. Se irá de esta casa en este instante y con la promesa no devolver o me verá obligada a ponerme en contacto con las autoridades. —Miró al hombre del astillero que ya se había acercado—. Señor Brighter, por favor, deshágase de estos hombres.

Se dirigió hacia Jasper y Hawkins.

—Han oído a la señora. Váyanse ahora o me verá obligado a echarlos de la casa a la fuerza.

Jasper liberó el brazo del agarre de Hawkins y alcanzó el alfanje. Su mano volvió vacía ya que había renunciado a él por el atuendo de caballero. *Maldita sea...* No permitiría que estas personas le impidieran ver a Prudence. A medida que el hombre se acercaba, Jasper giró y tomó una mesa que estaba cerca de la pared y la arrojó en su camino.

—Jasper, ¿qué estás haciendo? —gritó Prudence.

Se volvió para encontrarla corriendo por el pasillo hacia él. *Gracias a Dios.* Se dirigió hacia ella, con los brazos abiertos para abrazarla.

—Soy un imbécil. Nunca debí dejarte ir.

Se arrojó a sus brazos, enterrando la cara en su pecho.

—Dime que no llego demasiado tarde. Prudence, dime que todavía me amas. —Se inclinó y dejó caer un beso en la parte superior de la cabeza de la muchacha.

Levantó la mirada, un brillo húmedo en sus ojos color avellana.

—El amor no desaparece. Soy tuya para siempre, Jasper.

Llevó la boca hacia la de ella y la besó con pasión. Ella era su hogar. Su lugar seguro. Y él sería de ella por el resto de sus días.

Epílogo

Un año después

—Ven aquí, esposa. Jasper sonrió con desenfado.

Prudence se paseó hacia él.

—¿Para qué, esposo?”

Su corazón se agitó con sus bromas como siempre lo hacía. Incluso ahora, después de tanto tiempo, lo afectaba como ninguna mujer lo había hecho nunca o pudieran haberlo hecho. ¿Cómo había tenido tanta suerte?

Ella entró en su alcance, la agarró y tiró de ella hacia su regazo.

La risa de Prudence llenó el espacio mientras le echaba los brazos alrededor del cuello.

Le susurró al oído:

—Sentía deseos de abrazarte.

Ella se puso seria y lo miró a los ojos.

—¿Para siempre?

—Puedes contar con eso. —La apretó con más fuerza y la aseguró en su abrazo. No podía imaginar —rayos, no quería imaginar— un futuro sin Prudence. Sintió un estremecimiento recorrerle el cuerpo ante el recuerdo de que casi la había perdido. Qué imbécil había sido.

—Muy bien, porque no puedo respirar sin ti. Ella entrelazó los dedos en el cabello de Jasper, en la base de su cuello.

—Tampoco yo, mi amor. —Jasper acercó los labios a los de ella para darle un tierno beso.

Alguien llamó a la puerta de la oficina y Prudence se apartó.

—¿Quién es? —gritó.

—Kipp.

Jasper sonrió y luego hizo un gesto. La forma en que había cobijado a su tripulación, dándoles a todos un empleo sea en el astillero o en las naves o en su casa cuando no estaban a bordo de la *Marion*, calentaba su alma. Ella era una mujer generosa y amorosa. Más de lo que merecía, más de lo que había esperado.

Kipp abrió la puerta y entró en la oficina, con el sombrero en la mano.

—Nos estamos preparando para zarpar con la marea. Quería venir a despedirme.

Prudence se levantó y se acercó a él.

—Te extrañaremos. Cuídate, por favor. —Ella lo abrazó antes de dar un paso atrás.

—No se preocupe, señorita. He aprendido del mejor capitán de los siete mares. —Elevó su barbilla, con confianza.

—Eso es verdad. —Jasper le guiñó el ojo antes de ponerse de pie.

Kipp sonrió.

—Gracias de nuevo por confiarme la *Marion* y los huérfanos.

Antes de casarse, Jasper y Prudence se habían propuesto seguir prestando ayuda al orfanato. Enviaban ropa y suministros, así como algunos otros artículos en forma regular. Kipp era el encargo de supervisar que todo fuera entregado de manera segura.

—No hay otro hombre más adecuado para el trabajo—. Dio una palmada en el hombro de Kipp.

—Ahora, vete.

—Sí, capitán. —Kipp se despidió.

Jasper no podría estar más satisfecho con la forma en que todo había funcionado. Hawkins era ahora el capitán de la *Marion*. Kipp tenía una posición a bordo que lo hacía sentir orgulloso y Prudence y él dirigían la compañía al tiempo que ayudaban al orfanato. Como si eso no fuera suficiente bendición, había arreglado la relación con su padre y su hermano. En quince días, estaría navegando hacia Inglaterra con su amor del brazo para pasar una temporada en la finca de su familia.

Prudence puso la mano sobre el brazo de Jasper.

—¿Lo echas de menos?

Enarcó una ceja.

—¿Echar de menos qué?

—¿La piratería?

Él la tomó de nuevo en sus brazos.

—No hay nada que extrañar. He descubierto el tesoro más grande que se puede tener.

Da vuelta la página para leer un extracto del libro tres de la serie Amores de
Leyenda de Amanda Mariel

Seducidos por Lady Elianna

Próximamente

Prólogo

Inglaterra 1809

—Está llegando un carruaje, —la doncella de lady Elianna anunció en el salón.

Elianna tragó el nudo que tenía en la garganta. Su primo lejano, el séptimo conde de Berkeley debía de estar llegando. Rezó para que el nuevo conde fuera un hombre amable, porque si no ... Se estremeció y se negó a continuar pensando así.

Sentía el corazón todavía abrumado por la muerte de su padre. Había sido enterrado hacía menos de una quincena y ahora este extraño estaba llegando a reclamar todo lo que le había pertenecido. Le dolía ver la casa de la familia, todo por lo que su padre había trabajado, ir a parar a un pariente que nunca había conocido.

Se apartó el velo de luto de la cara antes de ir a reposar en el gran recibidor de la casa familiar de Kent. Se alisó la falda y no pudo dejar de reconocer cómo el vestido negro y los accesorios hacían juego con su estado de ánimo. Si el conde lo considerara necesario, podía ordenar que la sacaran de la finca —arrojada a las calles sin un lugar adonde ir.

El mayordomo abrió la pesada puerta de roble y un hombre alto con el pelo negro se dirigió a toda prisa hacia el vestíbulo antes de detenerse ante ella. Lo miró a los ojos color avellana través de la cubierta de su velo y luego se dejó caer en una reverencia.

—Tú debes ser Elianna.

Un escalofrío le corría por la espalda en su domicilio. Cuadró los hombros, esperando que la omisión no hubiera sido intencional.

—Bienvenido, mi señor. Soy, ciertamente, Lady Elianna.”

Él sonrió.

—Es un placer conocerte, prima.

—Del mismo modo, mi señor. Antes de que lo deje para que se instale, ¿hay algo que pueda hacer por usted? —ofreció. Dos hombres de librea cruzaron el vestíbulo cargando un gran baúl. Sin duda se dirigían hacia la cámara su padre con las cosas del nuevo conde.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero no se permitió derramar ninguna. Mirar hacia atrás no serviría para nada. Su padre se había ido y nunca volvería. Simplemente debía aceptar al nuevo conde y hacerlo sentir tan a gusto como pudiera.

—No será necesario. Sin embargo, me gustaría una audiencia con usted una vez que haya tenido la oportunidad de refrescarme.

—Sí, mi señor.

Dio un paso hacia la escalera.

—Espérame en el despacho, Elianna. —Sin esperar su respuesta o acuse de recibo se despidió.

Presionó las manos contra la falda en un esfuerzo por evitar que temblaran. Parecía bastante agradable, tal vez todo estaría bien. Aun así, la forma en que se negó a dirigirse a ella como señora hizo sentir incómoda. ¿Por qué ignorar la corrección de tal manera? Tal vez el lazo familiar le hizo creer que tenía el derecho de dirigirse a ella de manera informal.

Elianna se encaminó hacia el despacho sin demasiada prisa en llegar. Lord Berkeley necesitaría bastante tiempo para eliminar el polvo de viaje y ponerse ropa limpia. Ella tragó con fuerza mientras las lágrimas amenazaban con saltar una vez más. Lord Berkeley era su padre, no este extraño. Parecía una falta de respeto de su parte llamar a otro con ese título.

Entró en despacho y fue a pararse junto al escritorio de su padre —no, de su primo. ¿Se acostumbraría alguna vez a que otra persona tuviera el título y las propiedades de su padre? Apoyó la cadera en el borde del escritorio mientras contemplaba las imágenes que cubrían la chimenea. Mamá y ella en marcos plateados, así como también, un cuadro de ella con sus padres sentados en un lugar destacado que le devolvían la mirada. Cerró los ojos contra el ataque de dolor que amenazaba con consumirla.

—Toma asiento.

Abrió con rapidez los ojos al escuchar las palabras y descubrir que Lord Berkeley había entrado en el despacho.

—Fue bastante rápido —dijo, mientras se erguía antes de cruzar a tomar asiento en una silla de respaldo alto. No podría haber hecho más que cambiarse el abrigo y lavarse la cara. Había esperado tener más tiempo para ella, más tiempo para reunir coraje.

Con paso largo y seguro, se dirigió al escritorio para dejarse caer en la silla del padre y apoyar los codos sobre la superficie de caoba pulida como si el escritorio siempre le hubiera pertenecido.

Elianna se tragó los reparos que sentía sobre el trato informal de las cosas de su padre. Pero su padre se había ido. Todas sus pertenencias pasaron a su primo, el nuevo Lord Berkeley, para hacer con ellas lo que quisiera, se recordó. Se encontró con la mirada del hombre y le ofreció una débil, aunque esperaba, sonrisa cordial.

—¿A qué debo el honor de esta reunión?

—No parece que su padre haya estimado conveniente hacer provisiones para usted. Se inclinó hacia delante, y sostuvo la mirada de ella.

—Eso deja su futuro en mis manos.

Elianna asintió.

—Me temo que eso es correcto, mi señor.

Su padre había fallecido de manera bastante inesperada en camino a casa de vuelta de un viaje de negocios. Había gozado de buena salud y era aún joven, treinta y seis años. Aunque después de la muerte prematura de mamá de tuberculosis, se supuso que debería haber tenido en cuenta lo que podría pasar con ella si él llegaba a fallecer también.

—Había pensado en enviarla a un convento —dijo en un tono sin emoción.

Se le revolvió el estómago mientras luchaba para sostener la mirada. ¿Un convento? ¿Cómo podía pensar en enviarla a un lugar así? Ella era una dama, hija de condes y tenía el derecho de encontrar un marido. ¿No era así?

—Mi señor...

—Sin embargo... —agitó una mano en el aire desestimando su palabras— la señora Berkeley me ha convencido de darle una oportunidad de opinar sobre su destino.

Muy a su pesar, los ojos de Elianna traicionaron su sorpresa. No había sido consciente del estado civil de su primo. Se recuperó mientras su mente exploró las posibilidades que esto presentaba. Tal vez ella y su esposa se convirtieran en buenas amigas. Nunca había tenido amigos verdaderos —ciertamente ninguna dama. Padre la había tenido siempre recluida y solo jugaba con los hijos de la servidumbre. De hecho, sería maravilloso tener una verdadera amiga.

—¿Es su deseo de permanecer aquí en Crystal Court? —entrecerró los ojos y la miró fijamente.

Ella sonrió genuinamente.

—Lo deseo de todo corazón.

—Muy bien. La señora Berkeley llegará en quince días con nuestros hijos. Hasta entonces puede continuar su período de luto.

Debia de estar loco. ¿Cómo podía esperar que ella renunciara al duelo?

—Perdona mi insolencia, mi señor, pero mi padre sólo se ha ido hace quince días. No puedo abandonar el luto tan pronto. —Se mordió el labio al terminar su argumento cuando vio que el rostro de su primo se encendió de un color escarlata.

—Hará lo que yo diga o irá a parar al convento. ¿Está claro Elianna?

El tono cortante de sus palabras hizo que le corriera un escalofrío por el cuerpo y sintió piel de gallina en los brazos. No obstante, no tenía más remedio que doblegarse ante la intimidación del hombre. Su suerte estaba en sus manos.

—Sí, mi señor. Por favor, le suplico acepte mis disculpas.

Sus rasgos se relajaron pero nunca apartó la mirada de ella.

—Que no vuelva a suceder.

Ella asintió decidida a no permitir que se notara su creciente nerviosismo.

—Una vez que mi familia llegue todos los signos de luto incluyendo sus vestidos serán eliminados. No quiero que se asuste a mis hijos.

—Entiendo. —Su voz salió apenas en un susurro.

—Siempre y cuando usted permanezca bajo mi techo, mi protección, usted se ganará ese derecho al servir a mi familia. La señora Berkeley le dará instrucciones a su llegada. —Se puso de pie pero no apartó la atención de ella —. Puede retirarse.

Ella tendría que servir a su familia. ¿En calidad de qué? Como criada, institutriz... seguramente no. Tal vez como acompañante de su esposa. Se detuvo en la puerta para mirar hacia atrás al hombre. ¿Lo había oído bien? Su lenguaje corporal y la firmeza de su semblante le aseguró que no.

Elianna hizo lo posible por ignorar el malestar que la recorría mientras se apresuraba a su cámara. Lo que tenía pensado para ella no podría ser peor que un convento. En cualquier caso, no podía imaginar irse de su casa, ni renunciar a su oportunidad de casarse. No quedaba otra opción para ella. Tenía que aceptar a su primo como el nuevo conde y seguir sus dictados, al menos por ahora.

Capítulo uno

Inglaterra, 1817

—Vamos, Diablo. —Elianna se inclinó y recogió monstruoso gato de Lady Berkeley.

El animal respondió echando hacia atrás las orejas de un negro profundo al tiempo que emitía un siseo gutural.

Elianna lo tomó mejor para asegurarse de que el gato no pudiera lastimarla.

—Sabes que no debes estar aquí abajo. —Trató de razonar con Diablo que sólo seguía debatiéndose y siseando un poco más. Echó un vistazo a los sirvientes que corrían de un lado a otro para preparar el desayuno de la familia y atender otras necesidades. Todo lo que se necesitaría era que Diablo se metiera entre los pies de alguien o deambulara cerca de una cocina caliente. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Perdería el pellejo si algo le pasara a la bestia.

Durante los últimos cinco años, Elianna había estado cuidando del gato rebelde; además, actuaba como institutriz de los hijos de su primo, lady Caroline y Lord Hudson. En ocasiones, era llamada a servir de otras formas, sea como costurera, criada o enfermera. Con mayor frecuencia, su tarea había sido la de oficiar como acompañante de lady Caroline. La chica tenía ahora edad para salir y ya no requería de una institutriz. Lord Hudson, siendo cuatro años mayor que su hermana, hacía mucho tiempo se había embarcado en la vida adulta.

—Elianna.

Apartó la vista del gato para encontrar a su amiga Anna, una de las criadas de los Berkeley, de pie en la puerta. Tenía un paquete envuelto en pergamino en las manos.

—Lady Berkeley ha solicitado tu presencia en el piso superior. Te está esperando en su salón privado.

—No me atrevo a imaginar lo que requiere de mí hoy. —Suspiró Elianna.

Anna le ofreció una débil sonrisa.

—Si de algo te ayuda, la mujer parece estar de muy buen humor.

—Elianna, arregla el vestido de día de Lady Claudia, quita el polvo de los retratos de la familia en la biblioteca, alimenta a Diablo, y recupera esto o aquello —se burló Elianna, con la voz profunda y aristocrática que a lady Berkeley le gustaba usar—. Aun así no debería quejarme. Los Berkeley me han dado un techo estos últimos cinco años.

Anna frunció el ceño.

—Tienes toda la razón para lamentar cómo te tratan. Eres una dama. De su propia familia, y debes ser tratada como tal.

—Silencio, Anna. Nos meterás en problemas con esta conversación —dijo, en un susurro.

—Atrévete a soñar, Eli, —dijo Anna mientras iba camino a través del suelo de piedra hacia las escaleras del servicio.

El monstruoso gato lanzó otro silbido cuando Elianna subía los peldaños. Hizo caso omiso de la criatura y continuó subiendo las escaleras, con las palabras de Anna que aun zumbaban en la cabeza. *Atreverse a soñar*. Una vez lo había hecho. Soñado con encontrar un esposo y tener su propia familia. Imaginado que se dirigían a ella como Lady Elianna una vez más. Verse en vestidos de fiesta con abanicos y sombreros a juego. Era frívolo, pero no podía evitar querer lo que solía ser de ella. Sería maravilloso bailar toda la noche. Coquetear y reír con otros señores y señoras.

Se detuvo al final del largo pasillo que conducía a la sala privada de Lady Berkeley y sentó a Diablo en la alfombra de felpa. El gato echó a correr hacia su ama. La mirada de Elianna recorrió los retratos que tapizaban el pasillo. Todos los retratos de su familia habían desaparecido y habían sido reemplazados por los familiares más cercanos de Lord y Lady Berkeley. Se le hizo un nudo la garganta. Cerró con fuerza los ojos, instando a su angustia a retroceder. No había vuelta atrás. No tenía sentido enfocar su atención en cosas de un pasado lejano.

Atreverse a soñar. Las palabras la aguijonearon una vez más. Anna entendía bien a Elianna. Después de que su primo y su familia se hicieron cargo de la heredad, Elianna y Anna se convirtieron en amigas cercanas —como hermanas. Anna había servido como dama de compañía de Elianna antes de que su padre falleciera. Sabía quién era Elianna en verdad y lo que le habían hecho. Las dos habían pasado muchas horas hablando y soñando juntas desde entonces.

Después de haber alcanzado la sala privada de Lady Berkeley, Elianna hizo una pausa y luego golpeó suavemente a la puerta.

—Adelante... —contestó Lady Berkeley.

Elianna entró en la habitación de color rosa y menta e hizo una reverencia.

—Señora. —Se enderezó, y se encontró con la mirada de lady Berkeley.

—Lord Berkeley y yo hemos decidido organizar una fiesta en casa como parte de la presentación de sociedad de Lady Caroline. Un lanzamiento suave antes de que comience la temporada oficial. —Fijó los ojos grises y apagados en Elianna—. Tu tarea es prepararla.

—Muy bien. —Elianna ignoró la punzada de dolor en el pecho. Lady Caroline merecía tener su debut en sociedad y Elianna haría todo lo posible para garantizar que la niña fuera un éxito. Aun así, no pudo evitar llorar por la pérdida de su propio tiempo perdido. Otra cosa que su primo y su esposa le habían quitado.

—Lady Caroline requiere lecciones de comportamiento. Debe ser competente en muchas cosas. Además, debe tener algunos vestidos nuevos. —Lady Berkeley se inclinó para acariciar el lomo de Diablo; su pelo negro severamente estirado en un rodete reflejaba la luz del fuego de la chimenea mientras se inclinaba—. No quiero que mi hija quede como una tonta.

—Por supuesto que no, señora.

—Se está preparando un carruaje en este mismo momento y Lady Caroline ha sido instruida para estar en el vestíbulo de inmediato. —Lady Berkeley se enderezó y puso las manos en su regazo—. La acompañarás a Londres para ver una modista sobre sus vestidos. El conductor y el lacayo tienen la dirección. También me he comunicado con la modista para ordenar las prendas adecuadas.

—Muy bien. —Elianna se dejó caer en otra reverencia antes de irse. Al menos en Londres no tendría que pasar tiempo con Lady Berkeley o su monstruoso felino. A pesar de que Lady Caroline, era demandante y malcriada, siempre había tratado a Elianna con una pizca de respeto, más de lo que podía decir de su primo y su esposa.

—No te vayas antes de que te lo permita —demandó Lady Berkeley, irritada. Elianna se dio vuelta para mirarla.

—Mis disculpas.

—Lord Berkeley ha reservado cuartos en el Clarendon. Deberás permanecer allí hasta que la modista haya completado todas las pruebas del nuevo guardarropa de Lady Caroline.

Elianna asintió.

Lady Berkeley le clavó una mirada severa.

—Os advierto en contra de hacer cualquier tontería mientras te encuentras en Londres, jovencita. —Agitó la delgada mano hacia la puerta—. Puedes retirarte.

Elianna se despidió. Ella no tenía necesidad de preguntar después de la explicación dada por Lady Berkeley. Lady Elianna ya no existía; no era más que un sirviente del séptimo conde de Berkeley y su familia. En todo caso, nadie la reconocería. Nunca había sido parte de la sociedad. Padre había vivido recluido, y ella había sido no más que una niña cuando la arrojaron a su suerte.

Aun así... Londres se presentaba como algo especial. Elianna podía sentirlo en lo profundo de sus huesos. Algo la esperaba. Algo más que la monótona vida

de servidumbre que había estado viviendo.

Títulos de AMANDA MARIEL

Serie Ladies and Scoundrels:

Scandalous Endeavors

Scandalous Intentions

Scandalous Redemption

Próximamente en la serie Ladies and Scoundrels

Scandalous Wallflower

Serie Fabled Love

Enchanted By The Earl

Captivated By The Captain

Próximamente en la serie Fabled Love

Enticed by Lady Elianna

Serie the Lady Archer's Creed

Theodora (Christina McKnight y Amanda Mariel)

Próximamente en la serie the Lady Archer's Creed

Georgina (Amanda Mariel y Christina McKnight)

Stand alone

Love's Legacy

Serie conjunta: Connected by a Kiss

How to Kiss a Rogue (Amanda Mariel)

A Kiss at Christmastide (Christina McKnight)

Próximamente en la serie Connected by a Kiss

A Wallflower's Christmas Kiss (Dawn Brower)

Cajas y antologías

Visita www.amandamariel.com para ver las ofertas actuales de Amanda

SOBRE LA AUTORA

La autora más vendida de los EE.UU., Amanda Mariel, añora los días pasados, cuando la vida transcurría a un ritmo más lento. Le gusta ir de la pluma al papel y explorar periodos históricos a través de su imaginación y la palabra escrita. Cuando no está escribiendo se la puede encontrar leyendo, tejiendo crochet, viajando, practicando sus habilidades de fotógrafa o pasando el tiempo con su familia.

Visita www.amandamariel.com para más información sobre Amanda y sus libros.

Regístrate para recibir el boletín de Amanda y mantenerte al día sobre todas las cosas de Amanda Mariel y ¡para recibir un libro electrónico gratis!

Gracias por tomarse el tiempo de leer este libro.

¡Tu opinión importa!

Por favor tómate un momento para hacer una crítica de este libro en tu sitio favorito de opinión y compartir tu opinión con otros lectores.

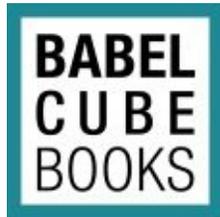
~ Reconfortantes romances históricos que dejan sin aliento ~

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor deja un comentario, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com